

# REVISTA GRÁFICA

An Art Nouveau style illustration. On the left, a woman with reddish-brown hair adorned with a large blue flower is shown in profile, looking towards the right. She wears a dark, flowing dress with a large pink rose pinned to it. Her right arm is extended, holding a young child. The child, with blonde hair, is also in profile, looking towards the right. The child is holding a bouquet of autumn leaves. The background is a soft, hazy landscape with rolling hills and a pale sky. The overall style is characteristic of the early 20th-century decorative arts movement.

**AÑO NUEVO**

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

**SIROP**

DEPURATIVO VEGETAL

Jarabe  
del doctor

**CHABLE**

— EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE —

Se vende en Farmacias y Droguerías

**Aberdeen**

Sastre  
Escocés

1, rue Auber

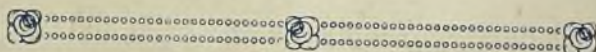
5, b. Malesherbes

PARÍS

Casa fundada en 1881

El mayor surtido  
en paños ingleses  
y escoceses :: ::

Especialidad en Homespuns



**CATARROS**  
antiguos  
y  
recientes

**TOSES, BRONQUITIS**  
radicalmente **CURADAS**  
POR LA

**SOLUCION  
PAUTAUBERGE**

que procura **Pulmones robustos**,  
despierta el **Apetito**, aumenta  
las **Fuerzas**, seca las **Secreciones**  
y preserva de la

**TUBERCULOSIS**

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.

**A los ASMÁTICOS**

**A los que se sofocan**

**A los que tosen**

Los médicos dicen hoy: Usad los  
**POLVOS LOUIS LEGRAS**

Es un remedio maravilloso que calma instantáneamente  
los mas violentos accesos de *Asma*, la *Tos* violenta y  
prolongada de las *Bronquitis* antiguas, en *tormento* y  
as consecuencias de la *Influenza*.

Los **POLVOS LOUIS LEGRAS**  
dan siempre los mejores resultados

En todas farmacias hispano-americanas  
En Buenos Aires: **BADARACCO Y RARDIN**, 569, Cuyo

**H. BERTHIOT** farmo,

14, rue des Lions, Paris



# REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 2  
1.º Enero 1914  
Precio  
60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes  
Director: José MUÑOZ ESCÁMEZ  
222, Boulevard Saint-Germain, París  
Teléfono 757-90  
Sucursal, 471 - Calle de Sarmiento, Buenos-Aires

Nº 13  
Suscripción  
20 francos  
por año

## AVISO

No se devuelven ni se responde de los originales que no sean pedidos por esta redacción. Y si se publican, los autores no tendrán derecho a exigir como pago sino la cantidad marcada por esta Administración.

**REVISTA GRÁFICA**, deseosa de que en sus páginas figuren trabajos de los más afamados escritores hispano-americanos, ha solicitado la colaboración de los señores siguientes :

Manuel Abril.  
José Alsina.  
Alvarez Quintero.  
Andrenio.  
Antón del Olmet.  
Azorín.  
Luis López Ballesteros.  
Pío Baroja.  
Joaquín Belda.  
Luis Bello.  
Jacinto Benavente.  
Luis Bonafoux.  
Agustín R. Bonnat.  
Tomás Borrás.  
B. G. de Candamo.  
Emilio Carrere.  
Cristóbal de Castro.  
Magdaleno de Castro.  
Ricardo J. Catarín.  
E. Díaz Canedo.  
José Francés.  
Audí Frolo.

Federico G. Sanchís.  
Pompeyo Gener.  
Rodolfo Gil.  
A. González Blanco.  
Ignacio Iglesias.  
Prudencio Iglesias.  
Ricardo León.  
Linares Rivas.  
J. López Alarcón.  
López Pinillos.  
L. López de Saa.  
E. Bohadilla.  
Antonio Machado.  
Eduardo Marquina.  
Martínez Olmedilla.  
Martínez Sierra.  
Enrique de Mesa.  
Gabriel Miró.  
Alejandro Miquis.  
Antonio Muñoz Pérez.  
Amado Nervo.  
Eugenio d'Ors.

Ortega Gasset.  
Palacio Valdés.  
Antonio Palomero.  
Pardo Bazán.  
Pérez de Ayala.  
Picón.  
E. Ramirez-Ángel.  
Juan Pujol.  
José E. Rodó.  
Rodríguez Marín.  
Pedro de Répide.  
Salvador Rueda.  
Santiago Rusiñol.  
Eugenio Sellés.  
Alejandro Sux.  
Unamuno.  
Valle-Inclán.  
Francisco Vera.  
Villaespesa.  
Xaudaró.  
Zamacois.  
Antonio Zozaya.



*El año nuevo en su carro de flores, tomando posesión de la tierra.*

# AÑO NUEVO

**S**ERÍAN las once y media de la noche, cuando sintiendo muy pesada la atmósfera del despacho, me levanté de la mesa en que trabajaba y abrí la ventana que daba al jardín.

El frío era intenso y caía una ligera escarcha, que humedeció mis cuartillas; mas el ambiente estaba tan saturado de humo de tabaco, que respiré con delicia aquel aire del campo, que en sus húmedas alas se llevaba el penetrante aroma del cigarro.

Me acodé al alfeizar, y desde allí contemplé el cielo tachonado de estrellas, eterno objetivo de nuestras miradas, desde que el primer hombre se hubo dado cuenta de sí.

Hoy, 31 de diciembre, me decía, acaba un año; es decir, ha terminado la tierra una de sus innumerables vueltas en torno del Sol. Cuarenta y ocho veces he pre-

senciado el fenómeno astronómico. En las primeras me acompañaron mi padres. ¡Pronto me abandonaron!

He ido dejando en el camino gran número de deudos y de amigos, y raro ha sido el año que no he debido marcar con una cruz. El 1913 muere y se va sin mí. ¿Ocurrirá lo mismo con el que nace?

Por un contraste fácilmente explicable, mientras mis ojos seguían contemplando los temblorosos luminares celestes, el espíritu se lanzaba á rienda suelta en el ensueño, y trasponiendo valles y montes me llevaba á los vergeles murcianos en donde viví mi juventud primera, y allí, saturado de sol y de alegría, pasaba revista á los sitios que me fueron familiares ha tanto tiempo.

Me hallé á la puerta del Instituto, testigo de mis afanes, y allí había otros niños como fui yo; pero mis amigos, que compartieron mis juegos, y que me acompañaban, aquellos no estaban. Allí estaban López Córdoba, Capdevila y Rosal, y allí estaba Zuloaga García, Benito Pico y tan



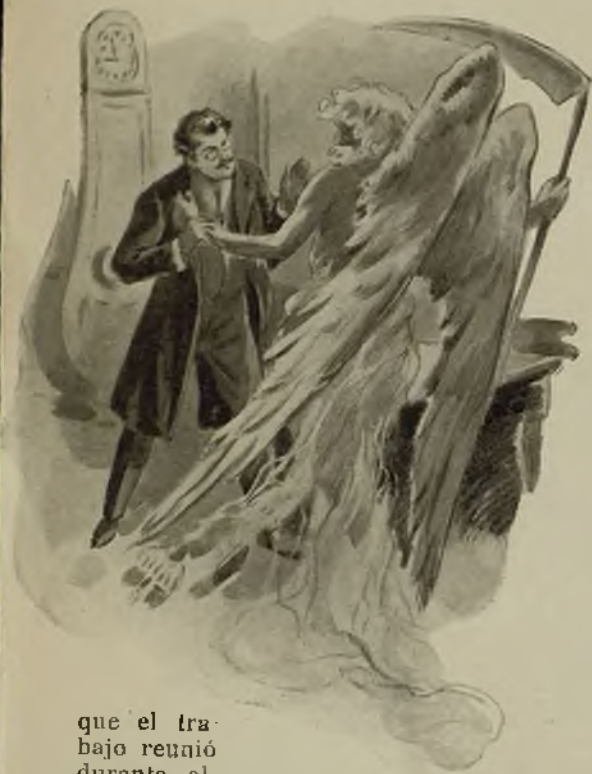


¿donde estáis? ¿Qué ha sido de vosotros? Los años que, como éste, han muerto, ¿no os han llevado entre sus brazos?

Mi espíritu vagó por toda la ciudad, y apenas pude reconocer los lugares que en otro tiempo frecuentara. Los años, uno tras otro lo habían cambiado todo. Sólo la catedral erguía su hermosa torre con la propia arrogancia de antes; pero su célebre cadena de piedra me pareció haber perdido unos cuantos eslabones.

De Murcia á Madrid saltó mi espíritu sin transición alguna. Los lugares han cambiado poco, á pesar del tiempo transcurrido; pero en vano llamaba á la puerta de los que fueron mis íntimos amigos. Unos habían muerto, otros, empujados por el Destino, se hallaban fuera de la capital. La muerte había segado en ocho años tantas vidas, que al llegar á la Puerta del Sol miré al numeroso público que en ella había y me creí transportado á una tierra lejana. No conocía á nadie. Esta impresión de soledad entre tanta gente fué tan acerba, que mis ojos llenáronse de lágrimas.

En la Universidad casi no queda ninguno de los que fueron mis maestros; en la Prensa, apenas si me recuerda alguno de los que fueron mis compañeros. La Muerte, el Destino, la Ventura ó la Desgracia han dispersado como aristas á los



que el trabajo reunió durante algún tiempo.

El paisaje soleado se nubló, y de nuevo mi espíritu volvió á ocupar mi cuerpo, al que habia dejado junto á la ventana de una villa de Belleville.

En el reloj de la iglesia próxima sonaron las doce menos cuarto. Aterido de frío iba á cerrar las cristalerías para volver al trabajo, cuando una fuerte racha de helado viento apagó el quinqué. Quise cerrar el balcón, y me fué imposible: alguien, más fuerte que yo, pugnaba por mantenerle abierto.

Un vapor denso penetró por la ventana, tomó cuerpo en un rincón del despacho, y muy pronto pude ver, á la vaga luz de las estrellas, á un hombre alto, de contornos vagos é indecisos, contra el cual disparé inmediatamente mi revólver.

Una voz débil, pero de acento irónico, respondió á mis disparos:

— No gastes inútilmente las balas. Mis horas están á punto de cumplirse. Soy el año que muere y vengo por ti.

Recio escalofrío me sacudió los nervios. Aquella noticia me sobrecogió. ¡Era tan inesperada!

— ¿Y has aguardado hasta ahora para

malarme? — le dije entre indignado y temeroso, señalándole el reloj de mi despacho cuyas negras manecillas, sobre un fondo fosforescente marcaban ya la media noche. — ¿No podías haberlo hecho antes ó dejar á otro año que fuese mi verdugo? ¿No le bastan las horribles matanzas á que has dado lugar durante tu imperio? ¿No te han marcado de rojo para siempre los campos de Macedonia, de Tracia y de Marruecos? ¿Quieres aún más?

— No eres tú solo el que me llevo á última hora. Mi amigo el frío está recogiendo una buena provisión de catarrosos y de tísicos, que me están esperando; date prisa, pues, que no he de hacerles aguardar.

Aquella precipitación acabó de indignarme.

— Lo que es si piensas que voy á morirte bonitamente por darte gusto, te equivocas. Cuando me muera, ha de ser porque no haya otro remedio. Vele, pues, largo de aquí, y ya que tu has de morir forzosamente, deja á los demás que vivan como á Dios fuere servido.

El año viejo se incorporó gritando:

— ¡Pues, muere! — y se lanzó sobre mí. Su cabeza llegaba al techo de la pieza, de sus ojos indecisos brotaba un fulgor lívido, sus brazos flotantes se levantaron amenazándome terribles. Me dispuse á la defensa. Retrocedí, poniendo la mesa entre los dos, y enarbolé una silla, dispuesto á resistirme hasta el último aliento.

Ignoro cuál hubiese sido el resultado del combate, porque en aquel momento sonaron las doce de la noche. Al vibrar la primera campanada, un estremecimiento sobrecogió al año viejo.

— ¡Dios me llama — exclamó con voz terrible. — ¡Ven conmigo!

Entonces comprendí que todo estaba en ganar tiempo. Pude esquivar sus brazos que pretendían asirme, pero cuya fortaleza disminuía por instantes; unos segundos más de lucha... sonó la última campanada y mi espantoso adversario desapareció por la ventana como una tromba.

El año nuevo, recién nacido, había puesto en fuga á su antecesor y yo estaba salvado.

Allá arriba, en el Cielo, con un brillo que eclipsó por un momento al de las estrellas, se cruzaron dos relámpagos,



cárdeno el uno, el del año que subía á dar cuentas del uso que hiciera de sus doce meses; rosado el otro, de color de aurora; en él bajaba el año nuevo á tomar posesión de la tierra. Iba el recién nacido en un carro tirado por corderillos de dorados cuernos y le escoltaban cuatro hermosas damas, cuyos atributos bien claro revelaban que eran las cuatro estaciones.

Le saludé al pasar, con gratitud inmensa. Le debía la vida. ¡Bendito el año nuevo, si no trae tan malas intenciones como el otro!

¿He soñado todo esto? ¿No ha sido sino la sugestión del artículo que estaba escribiendo? El hecho es que, cuando mi yo recobró su imperio, me encontré me-

dio asfixiado por el luto del quinqué, á cuya pálida luz comenzara mi trabajo; la ventana estaba abierta, y una silla de las del despacho yacía derribada por el suelo.

Al encender de nuevo la luz miré las cuartillas y en ellas sólo estaba escrito el título del artículo: *Año Nuevo*. El tiempo apremiaba y pensé referir mi ensueño.

De todos modos, fuere verdad ó mentira, sirvame de pretexto lo soñado para felicitar á mis lectores, que, como yo, han sobrevivido el año viejo, y desearles con toda mi alma poderles repetir la felicitación el año próximo.

JOSÉ MUÑOZ ESCÁMEZ.





## ACTUALIDADES



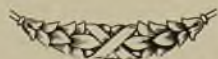
*El nuevo gabinete francés de Doumergue. En el medio el primer plano el presidente del consejo de ministros. A su alrededor, los señores Caillaux.*

*David,  
Lebrun,  
Bienvenu  
Martin,  
Metin,  
Jacquier,  
Perret.  
Monis,  
Renault,  
Maignol.  
Maitoy y  
Viviani.*



*Todo el ministerio de cara al objetivo preparándose a la batalla parlamentaria.*

*La sufragista Lillia Glemart haciendo firmar una petición a dos obreros en los boulevares. ¡Esta activa propagandista del voto para la mujer parece dispuesta a recurrir a los mayores excesos. ¿Pues no se ha presentado a la puerta del Congreso francés, obligando a firmar su petición a los diputados, a cambio de unas flores?*







Nuestra fotografía representa los trabajos de reparación hechos tras los graves desórdenes ocurridos hace días, con motivo de una huelga en South Wales.

El señor Sayre y su esposa, la hija del presidente Wilson, de los Estados Unidos, en su viaje de novios por Inglaterra.



LA ESTACION DE SOUTH WALES

Ya se puede juzgar de los enormes perjuicios de la huelga en una línea ferroviaria de tanta importancia como esta. Suponemos que de aquí á poco habrá terminado y que Inglaterra no se verá otra vez en la situación de los meses últimos.

MONUMENTO A PARMENTIER

Indiscutiblemente, este hombre ha contribuido, como ninguno, al abatamiento de la vida.



EL EX-REY MANUEL DE PORTUGAL Y SU ESPOSA EN DOUVRES

Después de haber terminado su viaje de novios, el soberano y la joven princesa alemana momentos antes de desembarcar en Douvres.



#### MADRID

*El nuevo ministro de la Argentina saliendo de Palacio, después de presentar sus credenciales al rey.*



*El nuevo ministro de Dinamarca: idéntica ceremonia palatina.*

*S. M. la reina madre, entre las pobres del asilo de huérfanos, á quienes distribuyó ropas.*



*Fiesta de caridad en Palacio. S. M. la reina Victoria y S. A. la infanta Isabel, reciben en el Alcázar á los pobres, á los que hacen amar la realeza cubierta con el armiño de la caridad.*



*Don Alfonso XIII, su augusta esposa y el principe de Battenberg, presenciando los vuelos de Domenjuz.*

*Visita del principe de Furstenberg, embajador de Austria-Hungría, al jefe del Gobierno, Sr. Dato.*



EL NUEVO SUBSECRE-  
TARIO DE ESTADO  
ESPAÑOL.

D. Eugenio Ferraz y Alcalá Galiano ha sido nombrado nuevo subsecretario de Estado, en substitución del Sr. González Hontoria.

El nombramiento del Sr. Ferraz ha sido acertadísimo, pues, como el Sr. Hontoria, cuenta con muchas simpatías y reúne las condiciones requeridas para tan importante cargo.

El Sr. Ferraz, que sólo tiene cuarenta y cuatro años, ingresó al servicio del ministerio de Estado en 1886, siendo agregado diplomático en 1891, en que pasó como secretario de tercera clase a París, volviendo al ministerio con la categoría inmediata en 1895.

Desde esta época ascendió rápidamente y pasó sucesivamente por la embajada del Quirinal, por Santiago de Chile, Méjico, Bruselas y Berlin.

Su nombramiento no puede estar más justificado, y seguramente desempeñará el cargo con el acierto que ya ha mostrado en circunstancias difíciles, pues este hombre, dotado de una rara inteligencia, tiene ya una brillante historia política y posee esa experiencia gubernamental que tan necesaria es a los hombres de Estado.



EL CARDENAL RAMPOLLA, QUE ACABA  
DE MORIR

Esta es una de las figuras eclesiásticas de más relieve, y su muerte ha sido muy sentida. Como incidente extraordinario, diremos que la prensa de estos días habla de la desaparición de su testamento, encerrado en una cajita negra, de la cual sólo queda... la llave.





MADRID

*El ministro de Instrucción Pública repartiendo premios los alumnos de último curso de la Escuela de Artes y Oficios.*



*Funerales del Excmo. Sr. Marqués de Pidal, cuyo fallecimiento ha sido sentidísimo.*



*El embajador de Austria Hungría dirigiéndose al Palacio para presentar sus credenciales.*



*El público estacionado frente al Banco Hispano-Americano, al declararse éste en suspensión de pagos.*



*El embajador de Austria Hungría, acompañado del conde de Pie de Concha, introductor de Embajadores, para quien los más envejecidos protocolos no tienen secretos.*



*La inocencia coronando al heroísmo. Los sobrinillos del heroico capitán Don Braulio La Portilla, depositando flores en el monumento recientemente inaugurado para conmemorar su brillantísima conducta en el Rif.*





*La administración de loterías donde se despachó el 1º y 4º premios del sorteo de Navidad.*



*El administrador de loterías que expendió el 2º premio (3.000.000 de pesetas). Siempre agrada ver el rostro de los ministros de la Fortuna.*



*El público, leyendo los carteles con la lista de los números premiados. Unas cuantas esperanzas satisfechas, unas miles de decepciones, arrepentimiento del dinero gastado en la lotería... y hasta el próximo sorteo.*



*Los seis primeros "golfos" que formaron cola en la Casa de la Moneda, decididos a vender caramente... sus puestos, ya que arriesgaban tan locamente su vida pasando la noche a la intemperie.*





"EL LOBO" DRAMA DE JOAQUÍN DICENTA

Enrique Borrás y la niña Calvo

— Escena final del primer acto

*Éxito ruidoso. La inocencia de una niña convirtiendo á un criminal empedernido es el tema tratado magistralmente por Dicenta. El alma del espectador es esencialmente buena y estas notas delicadas le llegan muy hondo; de aquí el aplauso clamoroso con que ha sido acogida esta obra.*



OTRO ÉXITO  
TEATRAL

*Jacinto Benavente, rodeado de los intérpretes de "La Malquerida", estrenada en la Princesa.*

LA MORERA  
DE PLATA

*Una escena del cuarto acto de "La morera de de plata", estrenada en la Comedia con extraordinario aplauso. La temporada teatral comienza brillantemente.*

*Srta Pérez de Vargas y Sr. Asquerino, en una escena de "La morera de plata".*





*Embarcación indígena pesquera, camino de alta mar. El paraje es peligroso, y el agua se riza, espumeante, chocando entre los invisibles arrecifes. Los remeros son hábiles, y el timonel, en la popa, magnífico y sereno, otea la inmensidad azulada, que no encierra secretos para él.*

## UN PUEBLO FELIZ

A pesar de tantos siglos de civilización, á pesar de que el progreso lo invade todo, aun quedan rincones en el mundo donde sigue viviéndose de una manera tan sencilla como rústica. El viajero que visita Madrás, provincia de la India inglesa, situada en la costa de Coromandel, se encuentra en una nueva Arcadia... pero pacífica de veras, puesto que, como es sabido, los arcades eran gente belicosa, más amiga de la pelca que de cultivar la tierra é hilar la lana.

Independientemente de la vida oficial, europea, la ciudad negra de Madrás vive dedicada á la pesca y á las diversas industrias que ha creado la explotación de la palmera.

En Madrás el mar y las palmeras suministran el sustento á estos negros dóciles, laboriosos, humildes, que no han salido nunca del rincón donde nacieron, que ganan el pan, sin rebelarse, con el

sudor de su frente, — sudor copiosísimo, gracias al sol implacable de la India.

La palmera, en efecto, es un árbol de verdadera utilidad en esta apartada región. No sólo los indígenas extraen de él aceite, sino una bebida dulce, que, á lo menos para ellos, es exquisita.

En una de las fotografías que publicamos, se ve á un vendedor de tal líquido, conduciendo su mercancía en dos vasijas á usanza oriental. Vive como viste: con extraordinaria sencillez. Desconoce los infernales horrores del alcohol y la inquietud, tan apremiante cada día, de pagar las facturas de un sastre «chico».

El mismo pan que come, es una sustancia compuesta con granos de cocotero, triturados en un molino de lo más primitivo, que mueven una pareja de zebúes, dóciles y cachazudos. La escena, representada también aquí, tiene un perfume agreste y sano, de página bíblica.



*La hora de la siesta. La ciudad de nadar á su sabor, se secan al*



*Choza donde viven los pescadores. Hora doméstica, de encantadora promiscuidad. Decididamente, la paz está en todas partes.*

cos turbantes y descalzos de pie y pierna, ofrecen en las calles, junto al funcionario encopetado ó la elegante dama vestida á la última, es siempre pintoresco. La India inglesa, como todo el Oriente invadido por las costumbres é indumentarias occidentales, brinda animación y policromía de cuadro de opereta...

Los indígenas, habituados con el mar, de él viven y en él pasan casi la mitad de su vida. El lector puede verlos en la playa — al fondo de la cual, á la izquierda, surge el edificio de la presiden-

La tribu de pescadores indígenas de la costa de Madrás sigue viviendo con la sencillez de hace siglos. No se ha contaminado de europeísmo, y al agua arroja los mismos aparejos toscos que los antepasados marineros empleaban. El

contraste que estos hombres de carnes bronceadas, con sus clásicos



*Pescadores com-  
des, que salen lle-  
la plata palpitán-*





duerme. Cuatro rapaces, después  
aire libre, que abraza.

cia, donde reside la primera  
autoridad de Madras — secán-  
dose al sol, que es una tohalla  
tan excelente como económi-  
ca. Y luego, llegada la noche,  
refúgianse en sus viviendas,  
rústicas chozas con techo de  
paja, donde guardan las redes,  
compañeras inseparables del  
pescador en las no siempre  
afortunadas luchas contra las  
aguas del gol-  
fo de Bengala.

Y eso que  
las conocen  
muy bien. Ex-



poniendo sus re-  
nas del oro y de  
le del mar.



El molino y el molinero. La escena no puede  
ser más patriarcal, y digna de una edad  
remota ó de un pueblo perdido en la comarca  
más alejada de la civilización actual...

celentes remeros, familiarizados con la  
escarpada costa de Coromandel, sortean  
hábil y cotidianamente los mil escollos,  
arrecifes y bancos que en ella abundan.  
Aparte de los puertos construidos por el  
hombre, el servicio de costa se desempeña  
con auxilio de pequeñas embarcaciones

especiales, que los indígenas de Madrás gobiernan como consu-  
mados pilotos.

Y así viven y así vivirán hasta Dios sabe cuándo. La pesca  
y las legumbres constituyen su principal alimento. El gobierno  
inglés nada tiene que ver con ellos, ya que observan los elemen-  
tales deberes de ciudadanía. Forman, en realidad, un mundo  
aparte, y el trato que mantienen con los europeos es el que sus

transacciones comerciales les imponen.

La paz es con ellos. Sencillos, pobres, viven á su manera, independientes y bien avenidos. Claro que si poseyeran otras muchas cosas que los europeos les brin-

dan, el perimetro de su sensibilidad y de su entendimiento se dilataria fecundamente. Pero ¿no os acordáis del hombre de la historia oriental, de aquel hombre feliz que no tenía camisa?



*Indígena de los alrededores de Madrás, en lo alto de un cocotero, recogiendo las preciosas nueces que dan aceite, vino y pan. La vida material resuelta, como quien dice, de un salto.*



*Vendedor de vino de palmera, bebida que los indígenas aman, por lo menos, tanto como el "champagne" es gustado en Occidente.*





*“ Coro de señoras ”, ensayando en el teatro de la Opera, de Paris. Por la noche, cuando la representación comience, la vulgar y modesta indumentaria cambiará, dando comienzo la ficción escénica. Y entonces estas simpáticas trabajadoras serán guerreras, sacerdotisas, japonesas, indias ó hadas : algo que les rapte, por unas horas, de su existencia cotidiana...*

## La farsa de las farsas

Nada es verdad en el teatro, y, sin embargo, lo parece. Esta afirmación no alañe, naturalmente, á las grandes producciones dramáticas, en las que se hizo un estudio magistral y completo de las pasiones humanas, y eso que los señores filósofos asegurando que « nada es verdad ni mentira », que « el mundo es una comedia » y otras cosas análogas, nos vienen sumiendo en el famoso mar de confusiones. Pero, en fin, sin aventurarnos en impertinentes trascendentalismos, bien puede afirmarse que el teatro es un conjunto de ficciones, desde luego muy agradables, y en ocasiones, aunque no siempre, por desgracia, provechosas.

La mayoría del público que asiste á este género de espectáculo, se deleita, se emociona, ríe, llora, aplaude ó censura, aleñándose á lo que en escena ocurre. La farsa le ha impresionado, le ha entretenido, le ha dado, á veces, una saludable lección, ó le ha hecho vibrar alguna de sus fibras más sensibles y recónditas. Durante dos ó tres horas conoció un país, un pueblo, una época ó un medio del que tenía tal vez vagas referencias ; se identi-

ficó con todo ello y á su casa se marchó después, más serenos los nervios, comentando con la compañera amada ó con el amigo fraternal los incidentes y peripecias de la bien representada y compuesta ficción.

Pero raras veces se le ocurre al espectador pensar en esa otra farsa que entre bastidores se desarrolla simultáneamente con la de la escena. Y, sin embargo, es interesante y pintoresca como ninguna. ¡ Allí sí que está la ficción de las ficciones, la mentira de las mentiras, el convencionalismo de los convencionalismos !

Entre bastidores actúan elementos, « personajes », podríamos decir, que arrancan aplausos y producen escalofríos, y sin embargo, raras veces gozan del prestigio que en las tablas conquistan los actores. ¡ Pobres trabajadores anónimos, oscuros, insignificantes ! Contribuyendo tan poderosamente al éxito de la obra que se representa, nadie se acuerda de ellos. La crítica en los ensalza, la fotografía no los exhibe, la fama se desliza á su lado, serena y alliva, sin dignarse volver la cabeza para mirarlos...



LA TORMENTA RUGE

*El huracán sopla. Retumba el trueno; sin embargo, como veis, no hay que amedrentarse. Ni siquiera es preciso abrir el paraguas.*

Como todos estamos viendo, los autores, deseosos de dar á sus producciones dramáticas aquella sugestión que es privativa de la verdad, no vacilan en recurrir á los mil medios que la escenografía actual, tan adelantada, les brinda. Así hoy ya va casi desapareciendo del copioso diccionario de la mise en scène la palabra « imposible. » Ricardo Wagner, con su famosa tetralogía, *El anillo del Nibelungo*, puso á prueba el ingenio y las iniciativas de pintores, maquinistas, electricistas, carpinteros, etc. Pero, desde la fundación de Bayreuth hasta nuestros días, se han realizado progresos considerables.

Actualmente se montan obras de gran espectáculo que requieren mucha habilidad, muchos gastos y esfuerzos que para el público en general pasan inadvertidos.



*La "prima donna" durante un ensayo, apercibiéndose a los severos y terribles fallos del público. En la sencillez de esta escena hay, sin embargo, un anticipo de espectáculo.*

Terremotos, desbordamientos de ríos, tempestades, naufragios, choques de trenes, batallas, incendios, todo se simula hoy en el teatro con asombrosa perfección. Las creaciones fantásticas de Julio





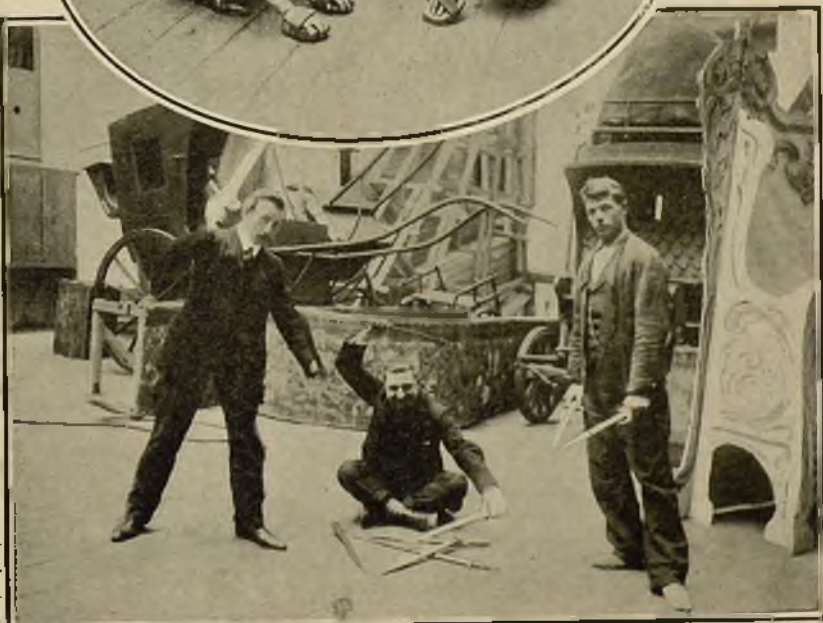
Continúa la "farsa de las jarsas". La locomotora veloz y gallarda, que resopla y pita; los raballos que galopan; el fragor de la batalla. Fuera, en el ompto salón, el público, quizás, se deja dominar por la angustia... Aquí todo es risoladas contentidas y juego de chicas.

Verne y las reconstituciones históricas, los fenómenos de la Naturaleza y sus maravillas también, en escena las ve reproducidas fielmente el espectador. Pero, ¿cómo? ¡Oh, mentira de las mentiras! Entre bastidores está el secreto: ¡cándido espectador, no te asombres!

La tempesta e viccina! — exclama el siniestro Sparafucile en *Rigoletto*. Sopla, iracundo, el huracán; retumba el trueno; la lluvia cae con violencia; el relámpago inunda la escena con su livida



claridad. El momento es de una fuerza dramática intensísima; el público, sobrecogido sigue la ficción escénica con intensidad creciente. Pues bien toda esta





desolación, toda esta furia de la Naturaleza tiene un reverso apacible y cómico. Entre bastidores, cuatro honrados padres de familia se encargan, manejando prosaicos artefactos, de dar al momento la necesaria «expresión.»

Un collar de cascabeles basta para simular el estrépito alegre y «decisivo» de la diligencia que se marcha; cuatro herraduras, ingeniosamente adaptadas á la mano, realizan el fenómeno de convertir en solipedos á dos simpáticos mo-

aterradoras «verdades» son sencillas far-  
sas. Á lo mejor hay un drama en es-  
cena, y una escena risueña, hilarante,  
entre bastidores. En esto, una vez más,  
el teatro es un reflejo de la vida. Los  
contrastes inesperados y violentos se  
asocian, y lo que por su hechura, indole  
ó condición es divertido y manso, trué-  
case, escénicamente, en lágrimas en gemi-  
do, en tragedia. De pequeñas causas...  
Por eso, lector, cuando salgas del  
teatro, no te olvides de los humil-  
des que, como sol-  
dados de filas, con-  
quistaron laureles  
para el general. Y  
reconoce, con no-  
sotros, que la ver-  
dadera larsa se re-  
presenta entre basti-  
dores, allí donde —  
¡oh, paradoja! — el  
público no la ve.

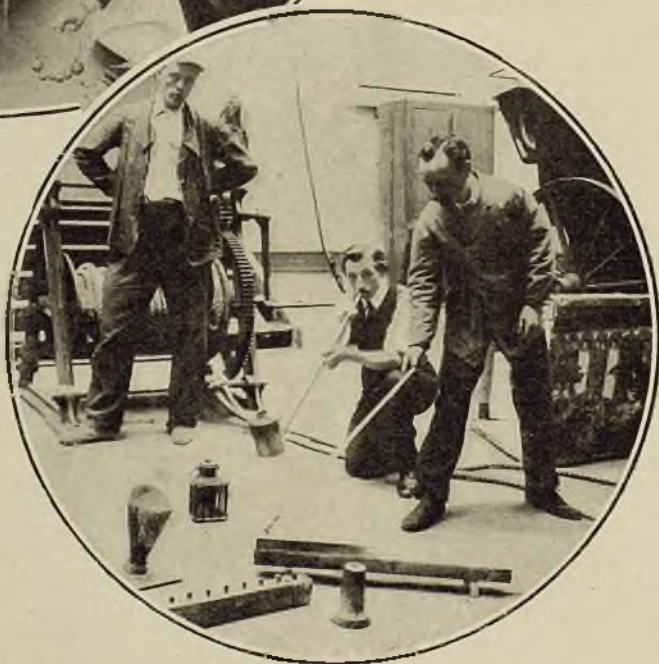
ANGEL TOLEDO.



*Los alegres tintineos de la diligencia que se marcha y el estrépito de los cañonazos. Con esos vulgares objetos quedan imitadas tan conmovedoras cosas. Y el público, siempre niño, no piensa en ello...*

zos del personal; otros tres, con unas cuantas espadas, imitan el horror de una batalla ó la cólera de un desafío en la cercana callejuela... que no se ve; el humo del incendio que se propaga, amenazante, es humo de vapor, que una vulgar caldera exhala... Y as sucesivamen-  
te, lector.

Como ves, todas esas







*La escuela femenina de agricultura establecida en Niguarda (Milán) está destinada á formar granjeras modelos. La fotografía representa la vista del conjunto del edificio donde trabajan las nuevas abejas del progreso agrícola. Esa casa, todo blanca, rodeada de árboles, todo verdes, es una incubadora de mujeres nuevas y progresivas: buenas hermanas, buenas esposas y buenas madres.*

## Feminismo agrario

El feminismo está á la orden del día, y la mujer tiende hacia su emancipación. Schopenhauer y Moebius tienen cada vez menos partidarios y, en cambio, aumentan las simpatías hacia todo lo que se refiere al mejoramiento cultural de la mujer. No quiere esto decir que nos agradaría ver á las mujeres discutiendo en el Parlamento las más arduas cuestiones políticas, ni que consideramos á las sufragistas británicas como la quintaesencia de la ultracivilización.

El puesto de la mujer, bajo su triple aspecto de hermana, de esposa y de madre, está en el hogar, y si bien es cierto que hubo y hay mujeres que honran á su patria — Concepción Arenal, madama de Sevigné, madama Curie, Emilia Pardo Bazán, Fernán Caballero y mil otras, — también lo es que las mujeres que el pueblo llama

gráficamente «marimachos» son un elemento perturbador, nada plausible.

Si el hombre dirige á los pueblos, la mujer educa al hombre cuando, niño, le inculca las primeras nociones del bien y de la moral.

Prescindiendo del punto de vista político, la mujer, que asiste á los enfermos, que cuida á los débiles y á los niños, que practica la economía doméstica, debe ser algo más que una máquina inconsciente y poseer conocimientos que produzca saludables consecuencias en la vida de una nación.

### EL TRIUNFO DE UNA IDEA

La Sociedad de agricultores italianos ha trabajado, desde su fundación, para atraer á las mujeres del campo, y el último Con-

greso agrario celebrado en Turin hizo un llamamiento elocuente á la mujer italiana, al que ésta supo responder, colmando todas las aspiraciones.

El señor Ottavi, presidente de aquella Sociedad, pronunció un discurso, lleno de amor y entusiasmo por la vida del campo, y para no citar más que una personalidad, Meline dijo con él: « No obtendremos resultado alguno práctico, mientras la mujer, demasiado olvidada hasta hoy, no vaya al campo, haga sus labores y estudie sus elementos. »

Tomó el ejemplo de los belgas que tanto han trabajado en pro de la mujer rural y citó el hecho de que uno de los pabellones que más llamaron la atención y recibieron más plácemes en la Exposición de Bruselas de 1910 fué el « pabellón de la granjera ».

Su discurso fué calurosamente acogido por la docta asamblea, que prometió al ilustre orador poner de su parte todo lo posible para conseguir el triunfo de su ideal, generoso y altruista.

El señor Ottavi, que había estado en Bruselas estudiando los progresos de la agricultura, regresó de la capital belga con el firme propósito de establecer una sección femenina en la Sociedad de agricultores italianos. Hace ya algún tiempo, el secretario actual de dicha Sociedad había dado una conferencia en el mismo sentido, y es justo decir que las damas inteligentes acogieron con grandes muestras de simpatía aquellos trabajos.

### UNA GRANJA MODELO

La sección femenina de la Sociedad de agricultores italianos ha montado en Milán una escuela-granja — única en su género, en Italia — con todos los adelantos modernos.

Su programa, basado en el más amplio criterio cultural, tiende al mejoramiento económico y educación moral y, sobre todo, al bienestar de la mujer en el campo mediante estudios prácticos de horticultu-



*Esas lindas muchachitas italianas crían toda clase de animales domésticos. Fijaos bien y veréis que esos conejos miran con sus ojillos agradecidos á sus protectoras y rien con sus dientes blancos é irónicos, completamente inofensivos.*





*La viña está enferma. Hay que sulfurarla. Y este trabajo es uno de los que más entretienen é ilustran á las futuras granjeras.*

tura, floricultura, agricultura, economía doméstica y todas las diferentes ramas de la técnica agrícola: entretenimiento de granjas, jardines, incubadoras, vaquerías, etcétera.

Dicha sección ha instituido también una caja de ahorros, protegiendo á la mujer rural contra la emigración y la usura; en una palabra, poniendo en práctica todos los medios posibles para que la mujer profese un grande amor á su patria, á su pueblo, á su casa.

Como es natural, la nueva asociación se propone establecer intercambio de ideas y métodos con los principales centros agrarios, á fin de ir mejorando cada día sus condiciones vitales.

Además de la escuela agraria femenina de Niguarda (Milán), que hemos citado, hay una de economía doméstica en Florencia que presta también grandes servicios.



*Bajo los árboles, la profesora explica á sus alumnas una lección de química, y la explicación es más agradable al aire libre que entre las cuatro paredes de un laboratorio.*

## CONCLUSIÓN

Excepto en algunas regiones privilegiadas, las condiciones morales y materiales del aldeano italiano son lamentables y — lo que es más triste aún — la ignorancia en que viven.

La instrucción obligatoria es un mito por lo que concierne a los jóvenes de ambos sexos, especialmente a las niñas cuyos padres las retienen en casa ó en el campo dedicadas a las faenas domésticas, no conscientemente sino como máquinas.

Por esto, las aldeanitas italianas son ignorantes, supersticiosas, incapaces de hacer otra cosa que vivir como crecen las plantas: sin saber por qué.

Ignoran las ventajas que pueden obte-

ner del campo y no saben ni aun cultivar las legumbres, base de la alimentación de la familia colonial.

No todas las aldeanas se encuentran hoy en el mismo estado de miseria — incluso moral — en que se hallaban hace diez años; pero el adelanto que han hecho es pequeñísimo y superficial y en la ma-

yor parte de las regiones consiste en ponerse de limpio los domingos y empolvase la cara, mientras el hogar está sucio y en desorden, los insectos roen el jardín y la miseria reina en todas partes. Por las razones apuntadas se ha hecho sentir la necesidad de una sección

femenina en la Sociedad de agricultores italianos, que consagra toda su energía a la redención de la mujer del campo.



*Ya está segado el trigo, ahora lo recogen y despues será el pan bendito de cada día... que pedirán a Dios en sus oraciones cuando, por la noche, busquen el reposo de las faenas del día.*



*Sobre esta mesa de disección, el gusano de seda muestra su anatomía a la luz del sol...*





*¡Con qué entusiasmo hace los preparativos! Meses antes de que llegue la fiesta de Santa Catalina, Mimi Pinsón habla de sus atavíos, y está convencida que este año será el último de su soltería. Así se interesa tanto en los menores de-*

*talles de su disfraz ¿ no han dicho que la fortuna de la criatura está pendiente de un hilo? Además, el espejo le ha repetido infinitas veces que es bonita, y ella ha terminado por creerlo.*

## LA SANTA CATALINA EN PARIS

*Mimi Pinsón no tiene novio*

Como el carnaval y el 14 de julio, la Santa Catalina, abogada de las solteronas del mundo de la aguja, no es para Mimi Pinsón sino un motivo sentimental de regocijo, el escape juvenil de una alegría largo tiempo retenida y que, de no estallar en periódicas expansiones, pudiera ocasionarla grave enfermedad, abismarla en la pesadumbre de una existencia sin esperanzas, de una peregrinación sin oasis.

La calle de la Paz, los grandes bulevares y balcones que dan á ellos, aparecen en esta jornada como digno salón en donde lucir su gallardía; y locada con un lindo gorrito de papel azul, amarillo ó rojo, acodada en la balaustrada ó revoltosa entre la multitud de curiosos estacionados en la acera, ríe feliz y sin descanso.

Viejos y mozos miran deslumbrados

el paso de las *midinettes* cogidas de la cintura y cantando, y algunos automóviles de alquiler son asaltados por dos, cinco ó diez de estas jóvenes, que soñando apoteosis imposibles, se ponen de pie sobre los asientos del coche y saludan á los transeúntes con sus deditos finos de muchacha, porque estas solteronas de rostro picaresco continúan siendo unas niñas, que han vestido de largo demasiado pronto.

Son felices con el espectáculo de su belleza, en el que no falta, para recordar los antiguos festejos, sino muchas flores, muchas á fin de que, hundidos los cuerpos en la policromía de los pétalos, semejaran sus cabecitas otra flor, que la naturaleza cuidara más maternalmente.

Esta fiesta, que entre nosotros pudiera llamarse la de las patronas de las modistas, tiene gran importancia entre el

elemento femenino, porque Santa Catalina, además de otorgar innumerables favores a sus fieles, parece que puede proporcionar novio á las muchachas solteras, á esas numerosas jóvenes que, junto á una ventana, se pasan el día charlando ó soñando, mientras cosen.

En la cabeza de Mimi Pinsón, incapaz de estudios profundos y sostenidos, flota sin embargo, y constantemente, el problema de su felicidad futura, que para la mayoría de las mujeres de menguada riqueza se cifra en un casamiento feliz con un joven, que no será el médico ni

En la casa de los modistos ricos suelen celebrarse animadas fiestas en este día, y no es raro que por la tarde, después de haber comido todos juntos, se rompa á bailar, entre el estrépito de los taponazos de las botellas de *champagne* al destaparse y el rumor discreto de una, orquesta medio oculta por los cortinajes.

Modelos y oficialas, con flores en el corpiño ó disfrazadas de duquesitas, tornan silenciosas durante breves minutos en los salones sin término, creyendo que a la puerta del taller las aguarda



Y a en la calle, rodeadas de curiosos, esperan que el fotógrafo las retrate. Y al día siguiente las charlas no terminan en el taller, comentando los incidentes de la jornada y la próxima presentación de su gallardo novio á las amigas, que no dejarán de saludarle con risa bondadosa y de apreciar sus méritos personales con el raballo del ojo.

el abogado conocido de estudiante, sino cierto obrero complaciente que las lleve el domingo á merendar á Bellevue ó á los columpios de la feria de Neuilly.

Á las doce del día, la calle de la Paz es acechada por los curiosos, y cuando algunas de las jóvenes se precipitan en tropel á la acera, á la salida del taller, comienzan los aplausos y las chanzas, que á veces revisten la forma brutal de las expansiones populares, mas en otras son el comienzo de diálogos ingeniosos y aun el primer eslabón de la amorosa cadena que conducirá á la *Mairie*, y después á la Iglesia.

un coche de lustroso tronco de caballos ó un automóvil de gran lujo. De vez en cuando miran de reojo el reflejo de sus cortesías en las altos y dorados espejos, que las contemplan severos y que inútilmente querrían asociarse al espectáculo. Nacieron nobles, y para seguir á la *midinette* hasta su alcoba, única habitación que tienen como alojamiento, preciso les sería quebrarse. Son demasiado voluminosos, y Mimi Pinsón no suele usar mas que un trocito de azogado cristal, adornado con cintas de color rosa. Mas ante él se complace en reír matinal, cuando salta del lecho para ha-





En la cabeza de Mimi Punsón, incapaz de estudios profundos y sostenidos, flota, sin embargo, y constantemente, el problema de su felicidad futura, el del un casamiento con un joven, que no será el médico ni el abogado conocido de estudiante, sino con cierto trabajador complaciente que las lleve el domingo á merendar á Bellevue ó á los columpios de Neuilly.



cer su tocado, porque gusta de ver sus dientes blancos é iguales, y también los hoyuelos que forma en sus mejillas el regocijo pasajero.

Este año, como hacen en otras muchas casas, el conocido modisto W..., ha representado una opereta en tres actos, *Yvette*, que parece haber gustado mucho.

¿El libretista? Pues según nos cuenta el redactor de *Excelsior*, fué obra del cajero de la tienda de modas, y la música, de una corladora, que sin duda intercaló algún número en que el ruido de su instrumento de trabajo, las tijeras, representaba gran papel.

En cuanto á la interpretación, fácilmente se adivinará que estuvo á cargo de las oficiales, y es que también son artistas. Acostumbradas á buscar la armonía de los paños y colores, concluyen por hallar la del espíritu y por aguzar su sensibilidad hasta un grado que les permite sentir las más vagas tonalidades del diálogo.

Son frágiles corporalmente, y su alma, que una literatura romántica moldeó, vibra á la más pequeña impresión. Víctimas de sus pasiones ligeras, no saben esperar ni preparar un porvenir, y convencidas de que sólo tendrán una vida de trabajo, vuelan como las mariposas hacia las diversiones poco costosas, disfrazadas con trajes de percalina, pero parecidos á los de las ricas damas que frecuentemente ven en los salones del patrón y cuyos vestidos confeccionan.

La luz de los salones, la música y el zumbido del gentío en fiesta las aturde y embriaga. Aquellos ensueños medio congelados por un largo período de reposo vuelven á renacer más rosados que nunca. Y su juventud pasa así, encantadora, entre risas y gorritos de papel, entre la agitación de una noche de baile en Magic City, y algunas lágrimas que la ingratitud de su prometido les hizo derramar cierta triste noche, mientras des-cifraban a la luz del quinqué unas cuan-



las líneas nerviosas, enrevesadas, que la mano de un hombre de entrecejo fruncido escribió en la mesa de un café, en un momento llamado por él de liberación y de energía.

Mas llega la hora de salir del taller, y los trajes que improvisaron en un momento de asueto ó durante las veladas que precedieron á la Santa Catalina, es prestamente arrollado en un paquete.

Por la noche, la calle de la Paz presenta un espectáculo más animado, y á falta de fotógrafos profesionales que corran de uno á otro lugar para satisfacer las exigencias de los periódicos ilustrados, se ven numerosísimos individuos que, en general, no debieran acudir á tal sitio, porque con su grosería quitan á tan juvenil manifestación cuanto de agradable tiene.

La verdadera *midinette*, la que sueña y trabaja, no se encuentra en la calle en estos momentos, sino que desde el balcón del taller mira loquear á otras muchachas.

Después, pasado el bullicio callejero, la modistilla escapa á su casa, disfrázase de nuevo; mas no abandona su gorrito de encaje ó papel, y media hora más tarde, ya está en uno de los numerosos bailes que se celebran en París en este día, acompañada de su madre ó del hermano, que cuando menos se piensa aparece sonriente para daros las gracias por lo amablemente que os condujisteis con sus parientes y... para llevarse la gente menuda á casa.

Una vez en el lecho, no es extraño que Mimi Pinsón sueñe en su próximo casamiento, y aun crea firmemente que el corazón de su caballero, el que tan insistentemente la invitó á bailar, quedó prendido en las cintas de su gorrito de encaje, que colocado sobre la más próxima silla, parece saltar aún en la semi-  
oscuridad de la alcoba, agitado por la locura de la jornada,

que el pueblo consagró á Santa Catalina.

ANTONIO MUÑOZ PÉREZ.



A las doce del día, la calle de la Paz es acechada por los curiosos, y cuando las jóvenes costureras se precipitan en tropel á la acera, cuando salen del taller, comienzan los aplausos y las chanzas, generalmente comienzo de diálogos ingeniosos y aun el primer eslabón de la sentimental cadena que conducirá á la alcaldía, y después á la iglesia.





Y Andrés de Fouquières, tomando como pretexto el matrimonio muy parisiense de un príncipe indio, franqueó los mares, aclamado por todos sus numerosos súbditos, que le esperaban con impaciencia. Pero Andrés de Fouquières no es hombre que se arredre ni capaz de distraerse en el camino con futilidades indignas de una persona de buena sociedad y que tanta ha trabajado para conquistar su cetro.

## PARIS SNOB

□ □ □

### *Personalidades conocidas*



as modas de París parecen agitadas por todos los vientos de las fantasías mundiales. En los salones de las elegantes, de las burguesas ricas y de las lindas muñecas enamoradas del lujo, se entrecrocán, desde el orientalismo más languidecedor hasta el gusto búlgaro más colorista; todas las gamas de las excentricidades humanas y de los caprichos del snobismo.

Imaginen, á las cinco de la tarde, un té mundano en una señorial morada de la calle de la Paz, entre dos visitantes, dos damas, mordisqueando unas pastas. Mas no crean que comen pastas cualesquiera. Todo cuanto



*Pero el más parisino de todos los parisinos, M. de Nijinsky, que nos proporcionó los bailes rusos, se hizo conducir en el traje más ultramente sugestivo al tiro de pichón.*

hace una mujer elegante obedece á reglas inflexibles, y no se comen pastas si no salieron de tal casa, que ha sabido imponer la boga de su nombre y que la aprovecha para hacer pagar á su clientela precios excesivos. ¿Pueden pensar que nuestros paladares aceptarían pastas coloreadas y de penetrantes perfumes si no hubieran sido hechas en casa de un afamado fabricante? Es la hora del te, del te de Ceylán, amiguita mía. El Oriente es una obsesión, y hasta el mismo tango, para que lo acepten, ha tenido que envolverse en todo el atractivo de las danzas indas, porque siguiendo así, la moda, el *chic*, no consistirá sino en la más hábil copia de las costumbres caníbales.

Todas las damas llevan turbante, babuchas y kimonos; sus vestidos son de almea y sus cinturas de bayadera. Y como lo exótico es lo único que puede agradar á las feminidades del día, entremezclan los colores soñados y las originales líneas de la India y de la Turquía, del Africa y del Japón. Es, en fin, la moda de París, admirable aun en sus extravagancias; esta

moda que hace de las mujeres vaporosas maravillas y que, para no ser ingrata con sus protectoras, hace una maravilla de cada mujer.

El Oriente está en boga este año, el Oriente misterioso y evocador, de perfumes embriagadores y formas fugaces. Mas excursionemos por este París mágico enloquecido con el orientalismo.

¡Fantasía! dirán las lectoras y lectores. Sí, todo cuanto quieran, fantasía de snobismo; pero, en este relato, estoy seguro de que sabrán diferenciar cuanto respecta á la realidad y lo que cae en el dominio de lo imaginativo.

Las alfombras, como más indicadas, son las que han mostrado el camino á



esta nueva moda. Alfombras maravillosas, de dibujos atormentados como la fantasía del pueblo en donde nacieron, alfombras de colores muy variados y mortecinos, tapices que largas caravanas pasearon á través del desierto. Los sofás se han introducido como personajes cuya situación ventajosa se impone. Las colgaduras, también han tomado el camino de París, cuyos pisos se han enriquecido con despojos reales y también con bagatelas. Mas el señor Burgués se despierta sobresaltado y ridículo en su americana gris y botinas de charol, en medio de este lujo oriental.

El cambio se imponía, era necesario adoptar trajes que armonizaran con el cuadro. Una levita es demasiado severa, demasiado mezquina. Era preciso informarse, ver países; pero ¡ay! ¡cuántos peligros no aguardaban al que se arriesgara por lejanas regiones, aún poco conocidas, y cuántas molestias no sufriría el viajero, dado el caso de que otro accidente más grave no viniera á poner fin á su peregrinación! Y los más conocidos mundanos, exploradores intrépidos de las terrazas de Deauville y Don Juanes de salón, no se decidieron á ir más allá de los muelles de Mónaco, encontrando demasiado aventurado para la conservación de su minucioso tocado y la fragilidad de sus botinas, las peripecias y tribulaciones de tan largo viaje. Por fortuna, en los momentos de peligro, es costumbre que las grandes almas se sacrifiquen por el pueblo...

Los elegantes parisienses tienen un rey, que sabe los sacrificios debidos á su cargo, y, Andrés de Fouquières, tomó como pretexto el matrimonio muy parisiense de un príncipe indo para franquear los mares, aclamado por todos sus súbditos, que le esperaban con impaciencia. Pero Andrés de Fouquières no es hombre que se arredre, ni capaz de distraerse en el camino con futelezas indignas de una persona de buena sociedad y que tanto ha trabajado para conquistar su cetro, que nadie le disputa, y ya se puede suponer lo que tal cosa supone en París.



*Y un hercúlea esclavo negro, inmola á sus pies cigüeñas blancas de reflejos azules, aunque la poetisa adoradora del Oriente posea un arte culinario en verdad incompatible con la nueva moda.*



*El teatro y sus pasajeros caprichos exagera cuanto puede ser nuevo. Madama Otero, que por su inteligencia supo conquistar el París mundano, ha puesto en la nueva moda todo el ardor de su juventud inmortal.*

¡Oh! ¡qué lindo viaje! ¡Sedas y brocados, pedrerías cogidas en los jardines de las *Mil y Una Noche*; cabalgaduras deslumbrantes, elefantes cubiertos de púrpura y oro, caravanas triunfales, príncipes soñadores y templos ruinosos y abrumadores de grandeza! Vió los crepúsculos encendidos y rumorosos del Egipto, y de madrugada, embarcado en un diminuto barquichuelo, contempló el despertar de las pirámides, descubriendo en la lejanía y destacándose fugaz y á contraluz la silueta del árabe cabalgando en un camello. Y todas estas visiones las supo recoger y *empaquetar* el rey del snobismo para su corte maravillada.

Ampliamente cubierto por un manto negro bordado de plata, con habuchas y numerosas sortijas en los dedos, la cabeza protegida con un gorro de satén y diamantes, monsieur Andrés de Fouquières pasa, y ante él, gentiles esclavitas negras halladas en Montmartre, y que llevan como garantía de su tez una etiqueta, reclamo de uno de los más excelentes betunes, se inclinan





*Sacrificando también al snobismo, el escultor Rodin, ha sabido conservar la dignidad que conviene al maestro indiscutido de una época. Mas una gordura precoz le impide soñar en la actitud descuidada, potente, de su "Pensador" entronizado en el Panteón.*

respetuosamente, y aun creo que con sincera admiración, porque Fouquières es un buen mozo que, como verdadero artista, ha sabido introducirnos en el mundo de los pantalones planchados á la última moda y en el transcendentalismo de las corbatas, por cuanto respecta á la psicología femenina, desterrando para siempre, y como adagio ancestral, el tan repetido: "El hombre y el oso, cuanto más feo más hermoso...". Ya no se trata de lucir el ingenio, como cándidamente hemos creído hasta ahora, sino de mostrar una *academ'ia* perfecta, sea al natural, cuando en verano vamos á bañarnos á la playa á la moda, ó dejándola adivinar bajo el frac ó, mejor dicho, bajo la túnica, porque todos comprendieron que con el ceremonioso traje de gala legado por los abuelos no había manera de avanzar por el camino del progreso snobista.

Mas ¿se podían abandonar las costumbres seculares? ¡Ah! El paseo por el

bosque de Boloña, naturalmente, es demasiado encantador; los grandes círculos, muy atrayentes con el entretenimiento de juego; y, aunque se sea parisiense, no por ello se renuncia á ser *punto*. Pero el más parisino de todos los parisinos, monsieur de Nijinsky, que nos proporcionó los bailes rusos, se hizo conducir en el traje más atrayentemente sugestivo al tiro de pichón. Cubierto con una túnica, supo juiciosamente remplazar el fusil anticuado por un arco fin de siglo. ¡Ay! Su tez rosa y blanca de eslavo no armonizaba con el resto del traje; mas un instituto de belleza supo confeccionarle un ungüento á base de hiposulfito, y los polvos violáceos suministraron á su piel el tono curtido de los conquistadores célebres.



¡Qué encantos tiene para Pierre Loti el Oriente! En su casa no se ve sino el enacador mobiliaje de las regiones que visitó en sus poéticos viajes. Pero aborrece, sin embargo, los animales medrosos y repugnantes, y al descubrir un lagarto verde, último vestigio de una raza que desaparece, vuelve la cabeza, presto á huir.

Una poetisa, cuyo arte culinario ha sabido enaltecer el tomate y la calabaza, el alma de la zanahoria y el corazón de la alcachofa, mantiénese erguida y altiva junto á una *chaise longue* de mullidos almohadones; una larga túnica de tejido árabe blanco listado de rojo aparece, entre la pesadez encendida de un manto bordado de oro; unas pluma se estremecen sobre los cabellos, y con sus ojos rasgados y lánguidos mira á un esclavo negro, grueso, de anchas espaldas, que inmola á sus pies cigüeñas blancas de reflejos azules. Es una gran dama, condesa, y tiene uno de los más nobles nombres de Francia.

El teatro y sus pasajeros caprichos exagera cuanto puede ser nuevo. Madama Otero, como se sabe bailarina de gloria reciente, ha puesto en la nueva moda todo el ardor de su juventud inmortal. Baila complicadas figuras ante decoraciones erizadas de minaretes en la lejanía. Y monsieur Rodin, que si se juzga por sus obras no pudo ver una mujer entera, la contempla admirado y soñador. Sacrificando también al snobismo, ha sabido conservar la dignidad que conviene al maestro indiscutido de una época. El arte, el gran arte, le ha inspirado armonías que sólo perciben los favoritos de las musas. La dignidad del genial escultor se envuelve en la



majestuosa amplitud de su *peplum*. La barba, crecida y tumultuosa, se agita con la brisa; y su mirada melancólica y plácida parece recrearse con visiones de imposible realización. Sin duda entrevé una obra perfecta. ¡Lástima que una gordura precoz le impida soñar en la actitud natural y potente de su *Pensador*, entronizado en el Panteón!

Y mientras los parisienses discuten, allá abajo, en un pequeño puerto militar de Francia, cierto oficial, que, como en la conocida canción, ha dado tres veces



*El snobismo es la locura del día. Sus ecos han llegado á todos los centros y rincones, y una conocida actriz preséntase en un orientalismo que trasciende la Edad Media.*

de madera, conviven en el refugio del escritor. Su mirada, dirigida hacia el Norte, busca entre la niebla que viene de Bretaña, los rasgos ingenuos y finos de *Mi hermano Yves*, que desearía volver á contemplar, vestido á la moda del día, ceñido en sedas rumorosas y suaves. ¿Qué fantasma puede evocar cuando aparece por la noche vestido de árabe en la terraza de su villa de Hendaya?

El snobismo es el capricho del día; sus ecos han llegado á todos los centros

la [vuelta al mundo, se regocija. ¡Cuánto le agrada á Pierre Loti el Oriente! En su casa no se ven sino colgaduras árabes, jarrones japoneses, alfombras, sofás, cojines, trenzas y cerámicas. Y hasta tiene una tortuga, traída de no se sabe qué viaje. Pero aborrece, sin embargo, los animales medrosos y repugnantes, y al descubrir un lagarto verde, último vestigio de una raza que desaparece, vuelve la cabeza, presto á huir. El recuerdo de *Madama Crisantema* y el toc de su pipa golpeando sobre el diminuto taburete

y rincones, y, una gran actriz, que había abandonado la Comedia Francesa por un teatro de Buenos Aires, se ha vuelto snobista convencida, presentándose con un manto tan suntuoso y espléndido, que dos lindos grooms véanse obligados á sustentar los bordes. Pero ha perdido la costumbre de París, y su orientalismo trasciende la Edad Media.

Lectoras, apresuráos, el orientalismo podría morir por haber vivido demasiado. y el tiempo empleado en hacer esta crónica, puede haber sido excesivo para que la moda aguardara paciente. Las danzas nuevas aparecen, y puede ser que mañana todos los parisinos, agitados de convulsiones, brinquen sin descanso sobre los suelos encerados, dejando volar y perderse en el pasado las fruslerías de la moda oriental, de la moda de la fantasía, de las sillas en forma de diminutas minaretes invertidos, de las alfombras copia del suelo de las mezquitas y de las mujeres. concreción de las fastuosidades policromas ds un cielo perenne de fiesta.

PEDRO RECIO AGÜERO







*¡Qué hermosas chumberas ! ¡ Hubiera podido resistir la maná á las súplicas de sus cuatros pequeñuelos ! Así, á pesar del sol abrumador de Méjico en estío, que recorta las sombras á cincel, la familia emprendió la caminata.*

## Sonrisas de Niños

El nacimiento del nuevo año, inconscientemente, nos hace pensar en los pequeñuelos, que tanto rien en estos días, y que, de sorpresa en sorpresa, amontonan juguetes y reci-

ben innumerables y sinceras caricias. ¡La Navidad, el año que comienza, los Reyes! ¡ Cuántas fiestas en tan poco tiempo! ¿Acaso el año nuevo no es un niño?

Indiscutiblemente, estos meses nacieron para regocijo de los niños, de esos lindos tiranuelos que tienen pendientes á los papás de sus menores gustos, temerosos de

que cualquier contratiempo venga á alterar su salud, arrebatándoles los colores de sus picarescas caritas, amortiguando el brillo de sus ojos de inocencia.

Las son-

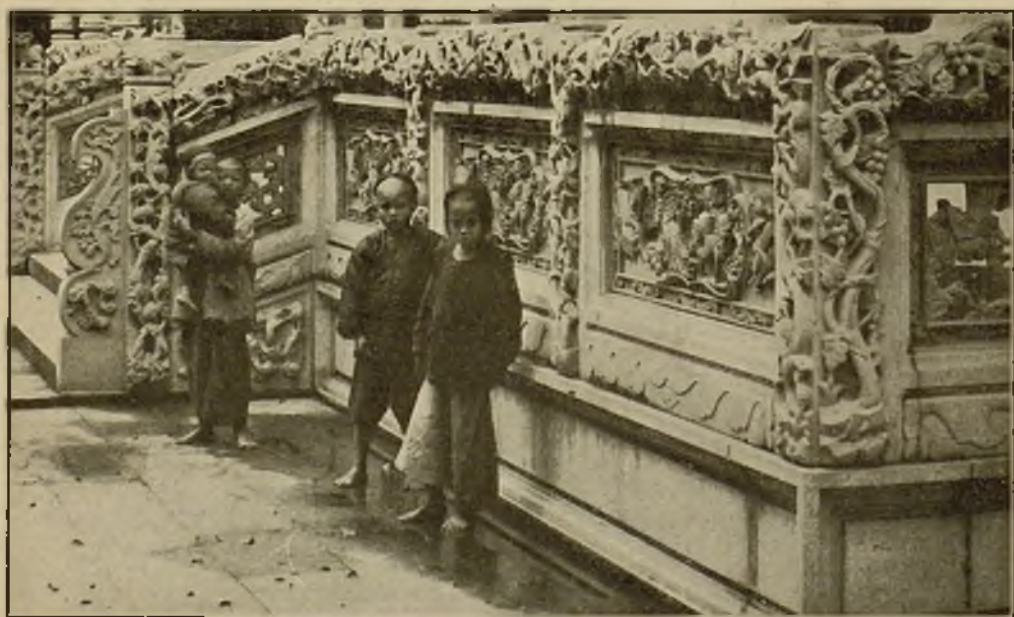






JAPÓN

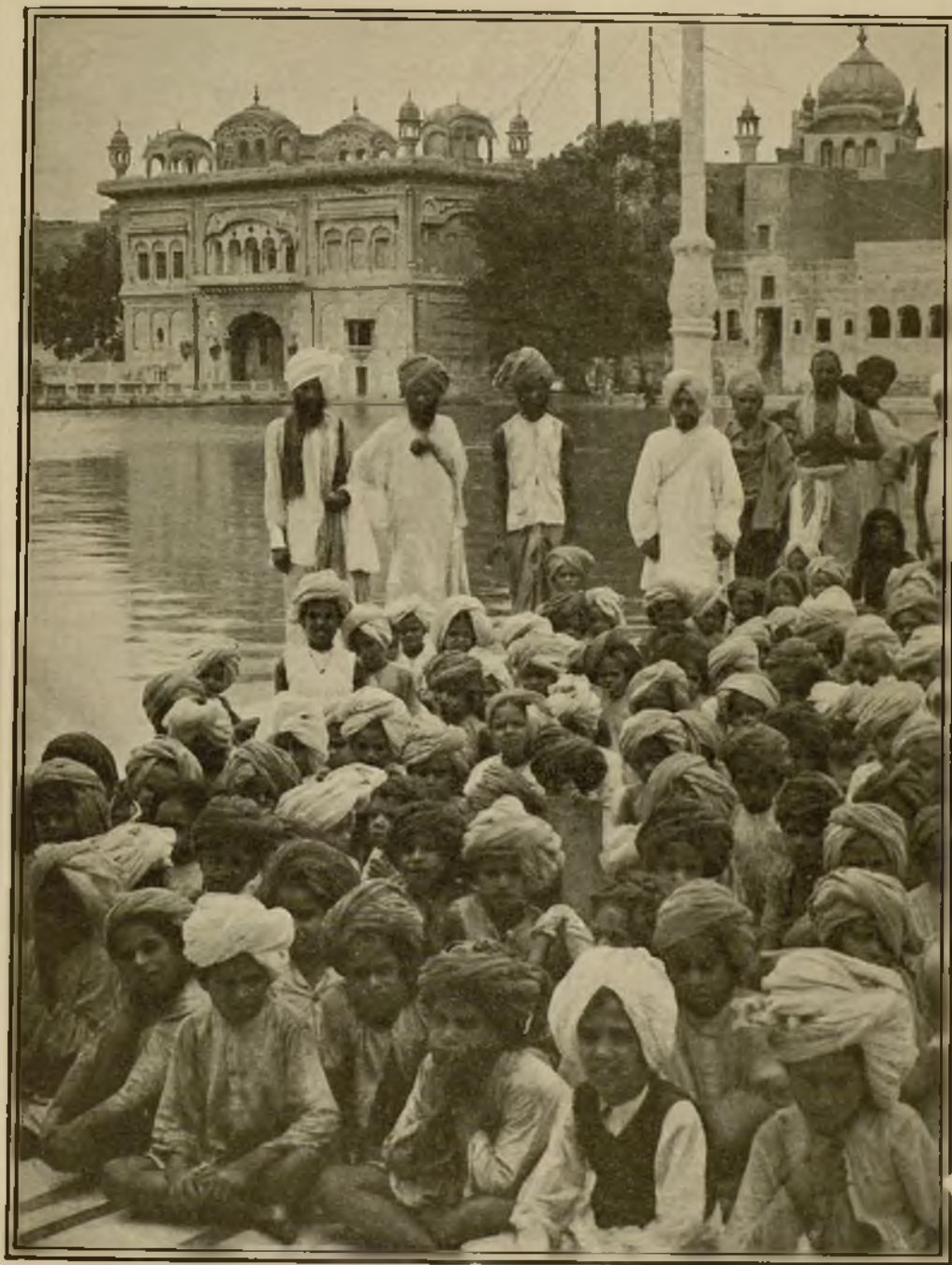
*Los juegos de la guerra monopolizan los asuetos de los pequeños japoneses.*



CHINA

*Este antiquísimo pueblo, necesariamente tenía que mostrarnos á sus hijos en un decoro evocador.*





INDIA

*De estos hombrecitos nacerán los faquires ; y comienzan á adoptar la postura en la que, cuando sean más crecidos, pasarán días enteros soñando, filosofando. Mas para entonces ya no sonreirán, y la nostalgia de su grandeza perdida les arrancará toda ilusión.*



SUIZA

*Frente á un panorama tan admirable, las niños suizos transcurren sus horas más felices. Y cuando lleguen á hombres, no nos debe extrañar que tengan el corazón altivo y firme el carácter, porque están acostumbrados á luchar.*





HOLANDA

*Los personajes holandeses, amables y cómicos en sus típicos trajes, despiertan en nosotros, como ningún otro país europeo, la sensación de placidez y de sana alegría. Y aun el mismo mar que cierra el horizonte, parece que no ha de encolerizarse nunca, brindado una fácil pesca.*



PALESTINA

*¿No parece verse una página de la Biblia?  
Los rostros de facciones enérgicas hubieran  
denunciado en seguida el país de origen de  
los fotografiados.*



DAMASCO

*¡Qué expresión tan simpática la de esta  
linda cabecita! Acurrucada contra su pa-  
dre, lo más cerca posible, la niña anuncia un  
alma digna de su raza.*



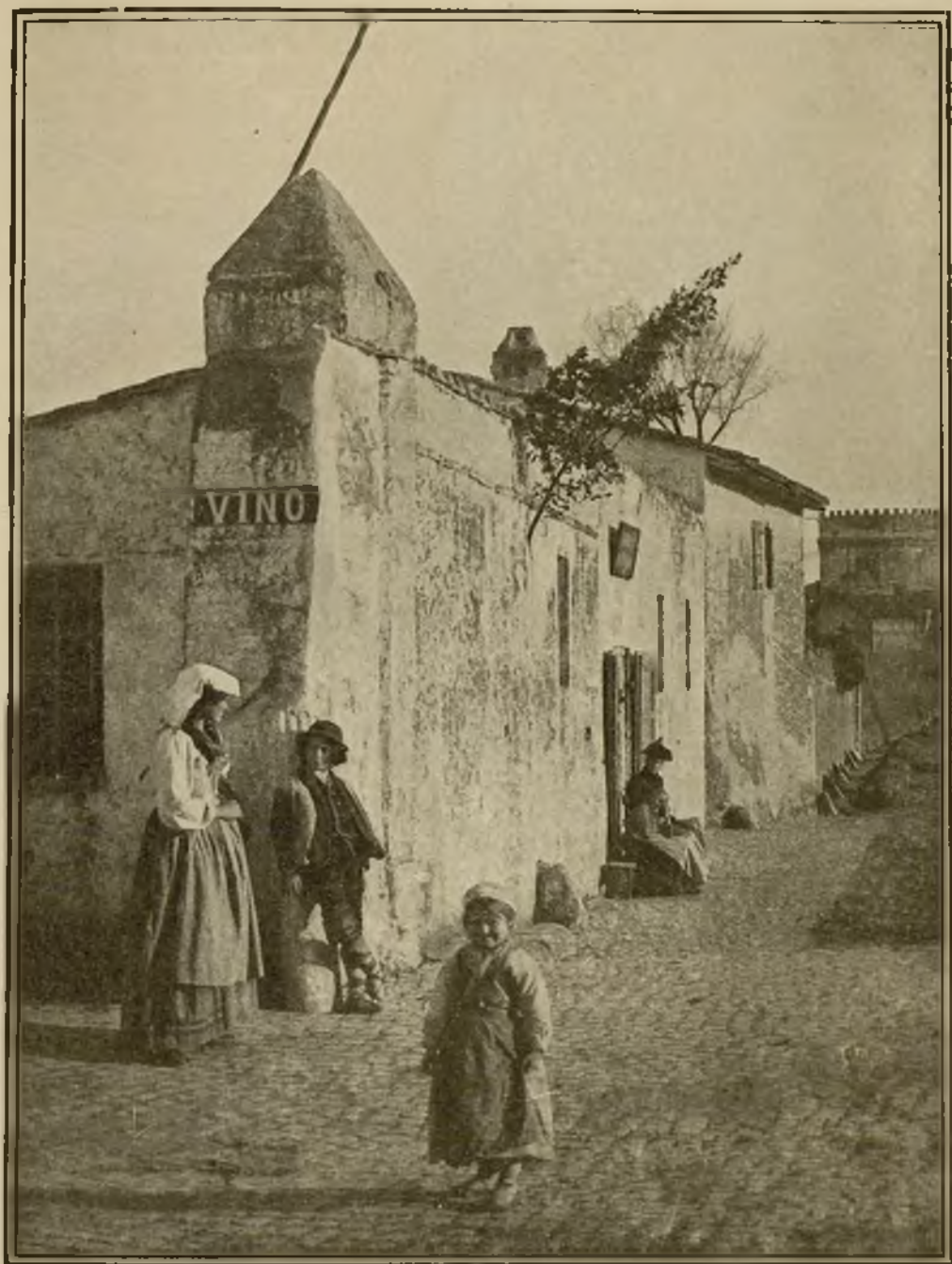
ZELANDIA

*¡Qué lindos pilluelos, con las barriguillas  
al aire y prestos á embromar al primero que  
que se ponga á su alcance!*



*La mamá y la hija no son hermosas ;  
pero el mutuo cariño que las une, hasta  
parece haber borrado la carátula des-  
agradable.*





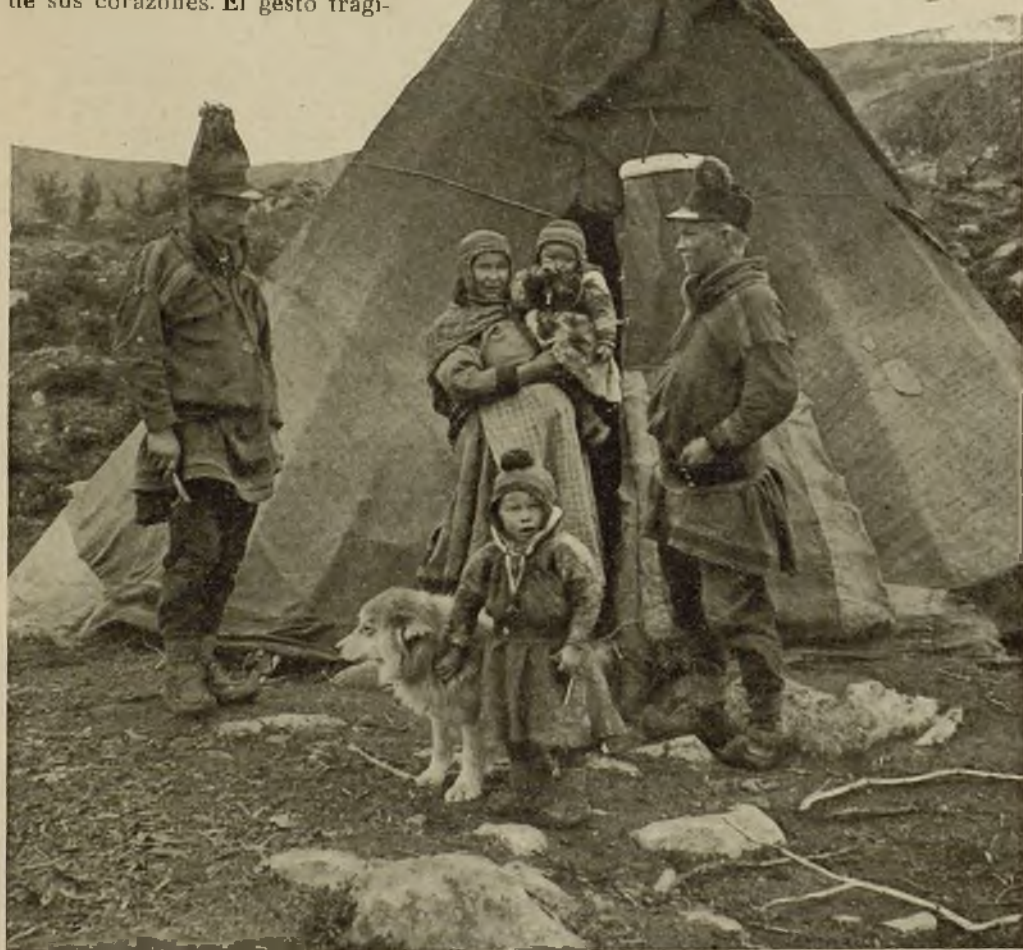
ITALIA

*En este rincón de Appian (Roma) parece encerrada toda la Italia pintoresca. Y aun no sería extraño que el jovencuelo apoyado contra la esquina, de cabeza de artista, fuese un futuro tenorino.*

risa de los pequeños no sólo gobierna las voluntades de los europeos, y, contemplando las fotografías de este artículo, fácilmente se adivina la reconcentrada ternura de los padres, ya nacieran entre los hielos, como los esquimales, ó tuvieren como cunas las torridas regiones del Asia ó del Africa. Podrán borrarse todas las afecciones, el orgullo, la fiereza de un carácter no civilizado es capaz de las mayores crueldades, pero junto á los retoños indefensos, aun los más salvajes advierten la emoción de sus corazones. El gesto trágico

de un momento desaparece á la primera lágrima del niño, y cuando no tienen otro medio para tranquilizarlos, hasta los caníbales sonríen á su vez y gesticulan cómicamente hasta que pasa la rabietta. La fiera se ha convertido en padre, y el león amenazador se deja morder y arañar por el vacilante cachorrillo.

A. M. P.



NORUEGA

*En esta vida de movimiento y de lucha, el niño noruego encuentra gran distracción, y cuando sus padres se alejan para trabajar, el perro cariñoso le protege y defiende fraternalmente.*



LAS FERIAS PARISIENSES

# EL DOMADOR

DE

# LEONES

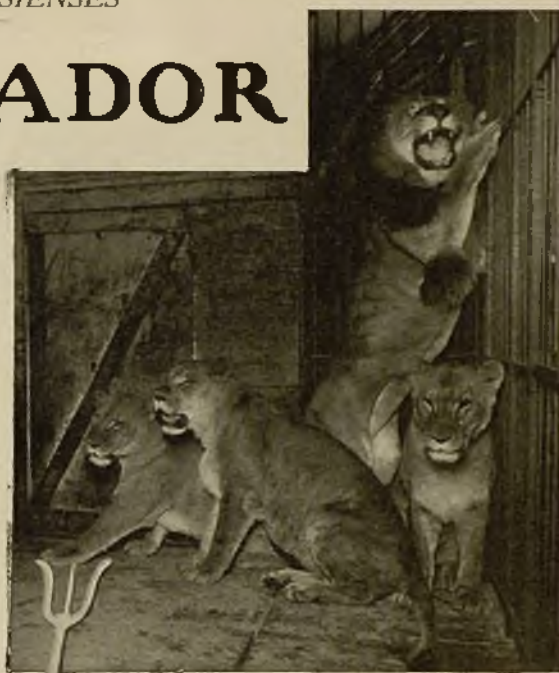


Foto-Laasaux

*Á la proximidad del domador, las fieras rugen, y parecen prestas á lanzarse contra él en cuanto peneire en la jaula. Sin embargo, han sido lo bastante galantes para dejarse fotografiar en una actitud digna de su grandeza.*

Arriesgar la existencia continuamente, vivir siempre en guardia contra los ataques de un terrible enemigo de quien depende el pan cotidiano, y á quien se hace trabajar contra su voluntad, supone un esfuerzo inconcebible y una energía sobrehumana. Mas al hombre no le está vedado nada, y el que por necesidad abrazara profesión tan peligrosa, termina por tomarle cariño. Bien es verdad que la profesión de domador no es sino la manifestación de un gran temperamento, de una mezcla afortunada de valor y paciencia, de cuanto aconsejan ciertos libros muy en boga que se posea para llegar á ser un hombre verdaderamente consciente de si mismo y capaz de seguir en un momento decisivo el camino conveniente para triunfar.

*Mac Donald, el popular domador, tiene una fijeza en la mirada á la que difícilmente se resiste sin parpadear.*

Mac Donald, el afable domador que tantas veces se ha visto en las ferias parisienses, y que arriesga su vida veinte ó treinta veces por día, en sus sucesivas, exhibiciones, no es, como pudier a creerse, un hombre violento, sino una *voluntad*, que en determinados instantes y contra la fuerza impetuosa de las fieras opone su pecho llaco. Mas



*Como los leones, el oso se deja manejar fácilmente por el domador, que juega con él.*



*Un abrazo fraternal... y peligroso.*

sus ojos miran fijamente en los del león, que, vencido por el mudo mandato del amo, retrocede, aunque vacilara un mo-

mento, poco á poco. Si fuera capaz de reflexión, el felino sanguinario, al que se creó una leyenda de nobleza completamente falsa, podría darse cuenta de que no era la fuerza temida, sino el fulgor divino de la inteligencia, que agrandan los ojos del domador, lo que le espanta, como Caín nos cuentan que huía después de su crimen fraticida de la mirada justiciera del Todopoderoso. Las garras del león, un momento agresivas, se retraen, y ya no busca sino el rincón en donde poder ocultarse.

— ¿Cómo llega usted á dominar á fieras tan temibles ?

— ¡ Oh ! No se pueden dar reglas — me contesta, — y en el conocimiento profundo del carácter del animal, de sus costumbres, creo limitado el arte del domador. Como generalidad, sin embargo, se puede decir que sólo el terror y la paciencia llegan á dominar las fieras.

« Cuando se trata de un león que se ha criado de pequeño, continúa Mac Donald, el peligro es mucho menor, y ayudados al principio por los perros y otros animales con



*El leoncillo que tan mal rato nos hizo pasar y que sembró el pánico entre los concurrentes de la feria del "Lion de Belfort".*





*La "roulotte" del domador. Amigablemente, el leoncillo y un cerdo juegan. No será difícil que este último termine en el vientre del felino, en cuanto se entere que su compañero goza de magras exquisitas.*



*La domadora, presta á ayudar á su esposo en los momentos de apuro.*

quienes los juntamos para acostumbrarle á la buena sociedad, pronto se les obliga y habitúa al trabajo. Mas hay un momento de revuelta, cuando menos se espera, lo mismo que en los jóvenes mal educados, y así, por cualquier circunstancia, por el mismo régimen alimenticio que ha seguido durante algunos días el león, ó á causa del calor, está enervado, y cuando se intenta obligarle á trabajar, se resiste y hasta termina por arrojarse como un rayo contra nosotros. Tal momento es terrible, y la menor vacilación, un mal paso, bastaría para perdernos... sino se fuera domador, porque entonces es cuando mostramos nuestro verdadero carácter, esas cualidades que no pueden transmitirse: se le para con el tridente ó la horquilla, y mirándole con fijeza, y á latigazos, le hacemos retroceder y escapar vergonzosamente, porque, ¿no ha observado usted lo ridículo que es un león, prototipo de la

fierza y de la fuerza, el terror de las caravanas que caminan por el desierto y atacan los poblados aislados, dando media vuelta y huyendo con el rabo caído? — Y es que el león recuerda de

pronto la inmensa superioridad del hombre, amplificando en su cabezota melenuda el poder del dueño; tiembla impotente y rencoroso, ofendido en su dignidad, y sin comprender por qué retrocede, él que todo lo venció hasta ahora y ante quien huyeron los más bravos.

— ¿Y las heridas que me mostró hace poco, y las huellas de garra que quedaron en el pecho y los brazos? — le pregunto.

— Mon ami, en nuestra profesión ocurre como en todas las profesiones, y cuando se tiene que pelear con fieras no es raro que se reciba un zarpazo, sea por descuido, á los que ninguno puede escapar, ó por un accidente que nos ponga



#### EN FAMILIA

*Aunque no vigilen la entrada del hogar, se puede afirmar que no tienen necesidad de asegurarse contra el robo.*

por el momento en condiciones de inferioridad.

— ¿Ha tenido usted siempre apego á su profesión?

— Sí, como casi todos lo tienen á la que ejercen. Además, el adiestramiento de las fieras exige mucha habilidad, y esto distral además, el espectáculo ante un público bondadoso concluye por subyugar. ¿No comprende usted lo halagador de ver á un centenar de personas que lo siguen con los ojos anhelantes mientras hace brincar al rey del desierto, convertido en un saltimbanqui?

— ¿Y qué hace, cuando por necesidad se ve obligado á adquirir un león ya crecido y completamente salvaje, á causa de la muerte de unos de los animales de su colección?

— En este caso — me contesta, — sólo la audacia puede dominar á la fiera. Sin preparativo alguno, después de que lo he dejado dos ó tres días reposarse para que se acostumbre á la jaula, entro de pronto en ella y me lanzo contra el león, que, furioso, se arroja una y otra vez contra mí, hasta que, con-





vencido de mi invulnerabilidad, y maltratado por el tridente y el látigo, se detiene y me mira colérico y asombrado... Estos primeros ensayos no deben durar mucho, mas al cabo de unos días el animal está completamente dominado.

—¿De manera que no es preciso adoptar precaución alguna para domar á las fieras?

—No digo eso. Sin duda alguna que no se deben tomar excesivas precauciones, mas es preciso adoptar algunas, porque el león, en determinadas circunstancias, no respeta nada y para vencer su resistencia no habría más medio que matarlo. Así, una de las cosas que no se deben hacer es dejarlo durante la noche en las jaulas de las leonas, en el mismo compartimiento. Como la mayoría de los hombres, cuando está junto á su hembra, nada le atemoriza, y perdería la vida antes de verse humillado por el domador.

Para terminar la entrevista, monsieur Mac Donald, creyendo rendirnos un grande homenaje, nos invitó á contemplar su cachorro preferido, es decir, un leoncito ya respetable y al que únicamente se podía acercar el domador. Al verlo en libertad, uno de mis amigos y compañeros de redacción, á quien su incipiente gordura condenaba á ser la víctima propiciatoria, en caso de que el leoncillo se hubiera desmandado, huyó hacia la puerta de la barraca, exclamando como excusa:

— ¡No, les aseguro que no puedo soportar el olor de las fieras!

En cuanto á mí, como sé que me guardarán el secreto, les diré que no me molesta el olor de las fieras; pero tampoco estaba tranquilo, y creo que á partir de tal momento, no contesté sino con monosílabos á las digresiones entusiásticas del domador, para no perder de vista las oscilacio-



*De poder á poder. — En esta, como en otras muchas circunstancias, la fuerza bruta es vencida por la inteligencia y la energía.*

nes rabunas del animal, que, como me temía, terminó por escaparse del barracón.

Al día siguiente, leyendo los cotidianos parisienses de la mañana, me enteré de que el leoncillo, después de haber sembrado el pánico entre los desprevenidos concurrentes á la feria de la plaza del Lion de Belfort, fué capturado por el domador, tras una serie de incidentes cómico-trágicos.

¿Terminará el cronista, en el ardor de sus informaciones, y por satisfacer la curiosidad de los lectores de REVISTA GRÁFICA, en el vientre de un canibal, ó perecerá víctima de las iras de una *midinette* de mal genio? No lo sé mas si no viesen más artículos míos, á sus oraciones me encomiendo.

ANTONIO MUÑOZ PÉREZ.





## UNA NUEVA ENFERMEDAD

Al llegar á París hace seis años, llevé á casa de un marchante de cuadros dos estampas recién salidas de mi tablero. El marchante, por cierto célebre entre los de su clase, miró mis estampas y me aseguró que *aquello* no se vendería jamás.

— Tiene usted que hacer cosas así — me dijo, presentándome un cuadro que me causó honda impresión.

¿Qué por qué me impresionó? Sencillamente por ser una cosa tan *mal hecha á propósito*, que dudo si un antropófago de la Polinesia lo hubiera pintado peor. Representaba sencillamente una vasija, al parecer, de barro de un color amarillento sucio sobre un fondo gris negruzco no guardando sus formas la menor simetría y alardeando de la más disparatada perspectiva y del mayor desprecio posible del buen gusto.

Yo me quedé un momento asombrado.

— Este cuadro — continuó el marchante, — he podido venderlo anteayer en mil francos y no he querido. Vale cinco mil, por lo bajo.

Y sucesivamente me enseñó otros todos por el mismo estilo...

Yo sentí miedo, un miedo horrible.

Sentí el mismo miedo que si de pronto, en la calle, me hubiese dicho alguien que estaba yo andando en cuatro pies sin

darme cuenta ó que me estaba saliendo una mano en el cogote.

Me despedí del marchante y sali á la calle como si me hubiese bebido quince ó veinte *whiskys*.

\* \*

Olvidé la visita del marchante á los pocos días. Afortunadamente, he visto desde entonces arte de verdad, buen gusto, belleza, verdadera armonía de color. Lo que vi en casa del vendedor de cuadros, según averigué después, era *culismo* y *orfismo*. Esta nueva escuela no interesándome, no me inspiró deseos de saborearla de nuevo.

No obstante, hace próximamente un año, Francisco Sancha, de paso para Londres, estuvo unos días en París, y un día me presentó á un amigo y paisano suyo, pintor también y muy simpático por cierto, pero que desde hacia algunos años se había entregado al *orfismo* en cuerpo y alma, como hubiera podido entregarse al vino ó al juego.

No cito su nombre porque me he propuesto ignorar, entre las mil cosas que ignoro, los nombres de las que, por ser demasiado elevadas, están fuera del alcance de mi pobre inteligencia.

Hablaron Sancha y él de sus buenos tiempos de Málaga, de amigos y conoci-





dos, pero ni una sola palabra de pintura. Por fin Sancha le pidió que nos enseñase algo de lo que hacía.

Puso el pintor la misma cara que si le hubiésemos pedido que nos enseñase el color de sus calzoncillos.

— ¡Ah! ¿Desean ver mis cuadros? — Y

después de un momento de reflexión, encogiéndose de hombros, añadió: — Bueno, ¡vamos arriba!

Entramos en su estudio. Este era grande, cuadrado y pintado de blanco. Apoyadas contra la pared, alrededor del estudio, cincuenta ó sesenta telas vueltas al revés, como en un almacén. En el centro, dos ó tres caballetes y en los ángulos unos ídolos de Oceanía. En la pared, una guitarra solitaria parecía presidir aquel conjunto.

El pintor malagueño cogió un cuadro, lo colocó en el caballete más próximo y nos lo presentó. Era un cuadro ovalado, grande, ostentando un magnífico marco. La tela estaba cubierta de triángulos y alguna que otra curva, luciendo una gama general de colores blanquecinos, desde el amarillo de cromo hasta el azul cobalto, predominando, como diría una modista, el color barquillo...

Yo miré el cuadro, á Sancha y al pintor, y Sancha miró al cuadro, á mí y al pintor.



Pero éste no miraba más que al cuadro...

Por fin Sancha (pues yo no tenía ninguna confianza para hacerlo) preguntó tímidamente qué representaba aquello.

¡La preguntita era para ruborizar á un dibujante!

Entonces el pintor nos dijo, con la naturalidad del que espera la pregunta, que aquel cuadro representaba una guitarra.

Yo soy algo bilioso. Al oír aquello sentí como una sacudida en todo mi cuerpo, porque sospeché que aquel hombre nos estaba tomando el pelo. Pero noté en él tal tranquilidad y tanta persuasión, que comprendí que estaba más bien enfermo. ¡Enfermo de orfítis!

— Pero, vamos á ver — dijo Sancha con cierta testarudez — explícanos: ¿por qué eso es una guitarra?

— No — dijo desde lo alto de sus nubes el pintor. — ¿Para qué voy á explicarles á ustedes nada? ¡No me comprenderán!

— Bueno — pensé yo; — además nos toma por dos idiotas.

Y en vista de nuestra escasa inteligencia, nos despedimos, y al salir vi en el vestíbulo la célebre vasija que cinco años antes había visto en casa del marchante, y que seguramente no quiso vender á ningún precio. Pero el mal había ganado mucho terreno. La vasija, mal pintada y todo, se parecía algo á la vasija. La guitarra, Dios mío... la guitarra no se parecía á nada...

\* \*

Hace tres días he visitado el Salón de Otoño. He visto pintura sana, arte de verdad, entre ellos las de los españoles Arango, los Zuviaurre y Viscái.

Pero ¡ay! he vuelto á encontrar en esta gran

exposición toda la gama de la extravagancia, desde el *cubismo* hasta la *extrema izquierda* del disparate gráfico.

Entre otros, recuerdo uno, que tiene el don de indignar á los que lo ven.

Es un cuadro azul rabioso, no muy grande, lleno de círculos verdes, amarillos, rojos, blancos y negros, y el pintor lo titula: «Las impresiones del alma.»

La gente, el público, va á ver estos cuadros sin tener en cuenta que la visita para ellos resulta tan peligrosa como si se la hicieran á un tífico, ó á un colérico.

No exagero; el visitante ve el cuadro, se ríe, mira el catálogo, lee: «propiedad de M. Tal». Inmediatamente piensa que el cuadro se ha vendido y seguramente más caro que los zapatos ó el queso que el visitante vende en su modesta tienda. Recuerda en seguida que cuando chico le compraron una caja de colores, y añade para sí: Esto lo pinto yo también y... mejor.

Ya no se ríe, sino que se va á su casa pensando que ¡quién sabe lo que puede llegar á ser!

Y en efecto, al año siguiente, en la misma exposición, aparecen cuarenta firmas nuevas con sus títulos abstractos, de esos que no comprometen á nada... llega un americano de Chicago, compra el cuadro dollar sobre dollar, y el pintor ya no vende más zapatos ni queso.

Al paso que vamos, creo que voy á tener que devolver todo el dinero que he ganado con mis lápices y colores á los editores que me han publicado dibujos...

y tomar en traspaso la tiendecita del úl timo orfista. *Cosí va il mondo.*

J. XAUDARO







*Mi amigo Octavio y yo caminábamos con tristeza...*

## ANDRÉS SE HA VUELTO LOCO

El manicomio del Dr. Fanosa está situado junto á un bosque de eucaliptus; á cien metros de él se halla la plaza de toros, y los días de corrida parece que los verdaderos locos están en la plaza y que en los jardines y celdas del manicomio se han encerrado á pasar la tarde unos cuantos hombres de talento.

Desde que el padre del actual director fundó el establecimiento, se han escapado unos veinte alienados, y á ninguno de ellos se le ha ocurrido, al verse libre, ir á meterse en la plaza de toros; en cambio ha ocurrido ya dos veces que á la salida de una corrida de alternativa, uno de los espectadores, furioso de tanto discutir, ha sufrido un ataque de enajenación mental, y ha tenido que ser recluido en el manicomio sin pérdida de tiempo.

Mi amigo Octavio y yo caminábamos con tristeza por el sendero que, desde la carretera, conduce á la entrada principal del edificio.

- ¡Pobre Andrés!
- Sí, pobre... ¿Cómo estará?
- Ahora lo veremos.

— Tú crees... que le veremos.

— Hombre ¡por Dios! Desecha ese pesimismo. Un manicomio no es un cementerio.

Andrés era nuestro amigo del alma; él, Octavio y yo, formábamos un triunvirato tan famoso como el primero de Roma. Andrés era la dulzura hecha persona: desde su plaza de mecanógrafo, en casa del banquero Cornelio, había pasado á la celda número 22 de la casa de salud del Dr. Fanosa, que así llamaban con cruel eufemismo á lo que el vulgo llama *gavias*.

La locura de nuestro amigo fué para nosotros un golpe mortal. En siete años de amistad no habíamos notado en él el menor sintoma que presagiase perturbación mental, y aun cuando en las últimas semanas le habíamos oído insistir varias veces en el propósito de escribir un drama en seis actos, lo habíamos achacado á pasajera ofuscación del cerebro, debida acaso á un trastorno intestinal. Así fué que, cuando recibimos la noticia de su reclusión en el manicomio, sentimos, tanto Octavio como yo, que la

tierra faltaba bajo nuestros pies: Andrés, al perder la razón, tenía pendiente con nosotros una deuda de quince duros que ¡cualquiera intentaba ya cobrar! ¿Quién es el guapo que se atreve á exclamar dinero á un alienado? Cualquiera, al oírnos tan insólita pretensión, nos hubiera dicho:

— Pero ¿se han vuelto ustedes locos?

Atravesamos la verja de entrada, y, ya en el jardín, sentada junto á unos rosales, vimos á una anciana sucia, anémica, con los ojos en perpetua danza, y una lata de conservas en la cabeza. Al verme, se alzó y vino hacia mí; yo, por instinto, me eché hacia atrás, como si me fuesen á leer un soneto.

— No se asuste — me dijo el ayudante que nos acompañaba — es inofensiva. En su locura, cree que es doña Juana la Loca, y en cuanto ve una cara nueva de hombre, se empeña en darle un beso, creyendo que es Felipe el Hermoso.

— ¡Caramba! — dije, pensando á lo que sabría un beso en aquella boca, que parecía la raja de una hucha. — ¡Y aún dice usted que es inofensiva!...

— He aquí una loca que para serlo, tiene que saber Historia. Por lo menos sabe cómo se llamaba el marido de doña Juana, cosa que ignoran muchos empresarios de teatros.

Seguimos por entre frondas, y al entrar en el vestibulo del edificio, nos detuvo un hombre alto, robusto, con doble papada que le caía sobre la grisienta camisa:

— Perdón, caballeros, ¿han visto ustedes á Juana?

— ¿Quién es Juana?

El ayudante intervino:

— Sí, sí, allí la tiene usted junto á los rosales de la entrada.

— Muchas gracias, muchas gracias, señores. Hace ya un cuarto de hora que no la veo, y ya comprenderán ustedes lo que estoy sufriendo.

El ayudante nos explicó:

— Este es un pobre ex-guardia de orden público, á quien la enfermedad le ha hecho enamorarse de la vieja que acabamos de ver.

— Entonces ¿es Felipe el Hermoso?

— Pues, mire usted, aunque parece mentira, se llama Felipe: coincidencias que hay. Ahora corre al encuentro de su amada, se arrodilla á sus pies, y todo su empeño cifra en quitarle la lata de

conservas que doña Juana lleva en la cabeza.

— Y ella...

— Se resiste todo lo que puede, porque dice que el día en que le quiten la lata, perderá su reino, que ya — dice ella — es lo único que le queda en este mundo.

— ¿Y no se la quita nunca?

— Ni para peñarse. Verdad es que desde que entró aquí, y va para tres años, no creo que se haya peñado nunca.

— Ya se ve.

Cruzamos una galería, en cuyo centro había un hombre muy empeñado en meter un montón de ropa, que parecía el Guadarrama, en una sombrerera de esas de guardar gorras: metía unos cuantos trapos, los empujaba, y, cuando ya estaban colocados por un lado se salían por el otro, como reventando. Volvía á la tarea: ahora había empuñado un manojo de camisetas y las apretujaba contra el débil fondo de la caja.

— Así lleva seis años—nos dijo el ayudante.— Si se le pregunta, dice que está haciendo el equipaje para irse á América, y que sus enemigos se empeñan en que no lo termine, porque ha de ir allá á recoger una cuantiosa herencia.

Octavio, que era un razonador sempiterno, arguyó:

— Bueno; y si se le dice que es imposible meter un bulto tan grande en un recipiente tan chico, ¿qué contesta?

— Se echa á reír y sigue en su faena. Este hombre, cuando estaba sano (ó por lo menos los demás creían que lo estaba) —tenía un cine en un pueblo de la provincia de Jaén: era un local pequeñito, donde no cabían arriba de quinientas personas, y, sin embargo, este señor, los días de fiesta, vendía más de mil localidades y colocaba á los mil ciudadanos en el sitio donde sólo cabían quinientos. ¡Vaya usted á convencerle ahora de que esa ropa no cabe en esa caja!

Subimos una escalera: en el rellano de ella, un muchachito imberbe, apoyado en la pared, hablaba con el techo, haciendo señas expresivas.

— Este habla con la novia. Tuvo una que vivía en un quinto piso de la calle de Serrano, y un día, estando al habal con él... bueno, al habla desde un quinto piso, sacó el cuerpo con vehemencia por la barandilla del balcón y cayó á la calle. El novio, al verla muerta, se volvió loco.





...Una anciana anémica, con los ojos en perpetua danza y una lata de conservas en la cabeza...

— ¡Pobre muchacho!

— Todos los días, apenas se levanta, viene aquí y permanece de galanteo toda la mañana: ha elegido este sitio porque es el de techo más alto de toda la casa, y así la ilusión del quinto piso es mayor. Nada le distrae de su ocupación; las horas pasan para él como minutos, con la cabeza alta en una continua oposición á la torticolis. Solo al oír la campana,

que llama á los enfermos al comedor á la una y á las ocho, se olvida de la novia, y sale corriendo como un ciclón, á ocupar su sitio en la mesa.

— Entonces no está tan loco como us tedes creen.

Otros espectáculos de dolor y de miseria desfilaron ante nuestros ojos, mientras marchábamos por pasillos y galerías en busca de la celda de Andrés. Locas vimos varias, pero todas feas, viejas y sucias: la legendaria joven dechado de hermosura, que se ha vuelto loca porque el novio se le ha escapado con la doncella, no apareció por ninguna parte. Esa Ofelia rubia que hay en todos los manicomios y que ensñane al visitante como si fuera la joya de la casa, nosotros no tuvimos la fortuna ni el dolor de verla.

— Aquí es — nos dijo el ayudante, de teniéndose ante una celda que ostentaba el número 22.

Octavio y yo nos mirábamos con temor. ¿Qué íbamos á ver detrás de aquella puerta? Instintivamente nos cogimos de las manos, mientras aquel hombre llamaba muy cortés.

— ¿Se puede, don Andrés?

— ¡Adelante.

Era su voz, firme y recia como nunca; aquella voz que nos era tan familiar como la de nuestra madre.

Se abrió la puerta y el ayudante se apartó á un lado

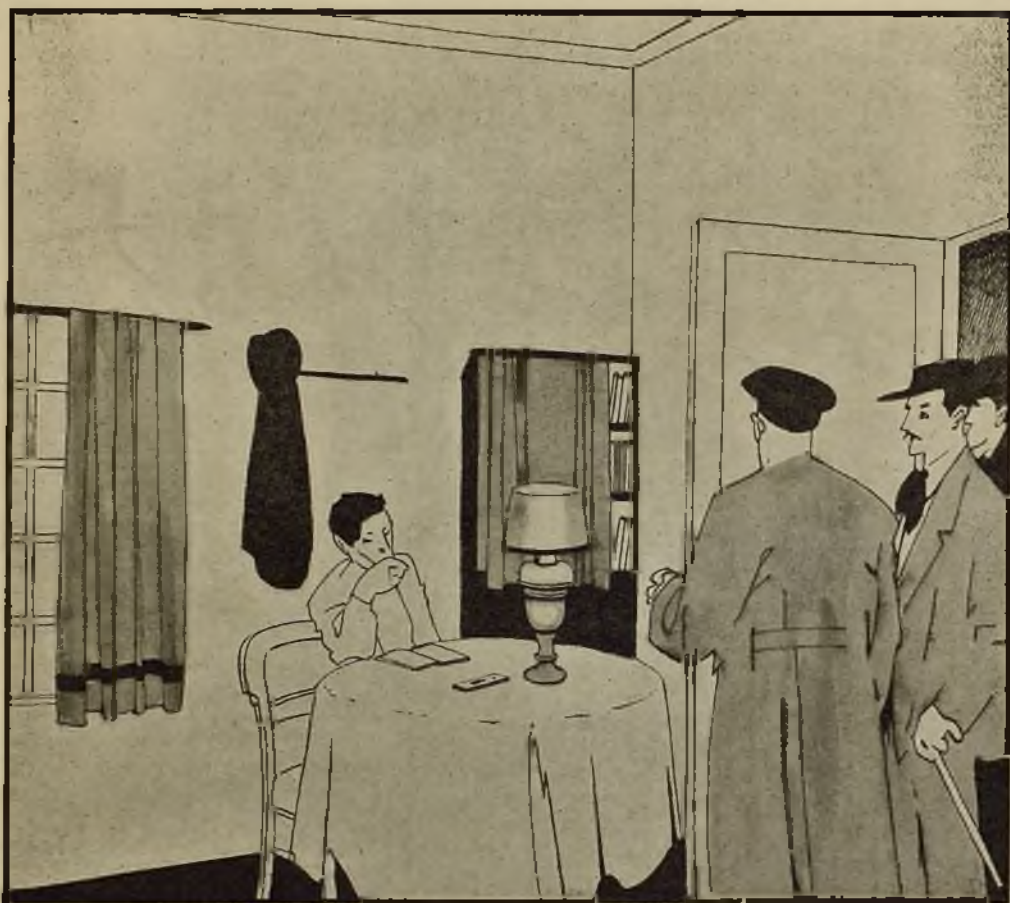
— Pasen ustedes.

Volvimos á mirarnos, ahora con temor, y Octavio se apresuró á decir:

— No, no, de ninguna manera. Usted primero.

Comprendió el hombre nuestro miedo, y pasó.

Con ciertas precauciones entramos detrás de él; vimos una estancia casi elegante que parecía el despacho de un hombre de negocios, con sus muebles



*Con ciertas precauciones entramos detrás de él...*

claros y ordena dos, y una gran mesa en el centro, ante la que estaba sentado nuestro amigo Andrés. Al vernos se levantó, y vino á nuestro encuentro :

— ¡ Holal ! Vosotros por aquí... Creí que me habíais olvidado.

Esto lo dijo pausadamente, con toda calma, como hombre que habla sin pensar en que otros le escuchan, y atento solo á sus propias palabras. Iba más limpio, más atildado que cuando andaba por el mundo con la carga de su razón áuestas; acababa de afeitarse, él, que en su vida de siempre no entraba en una barbería más de una vez por semana; llevaba, derecho y en su sitio, el nudo de la corbata, contra la costumbre que le hacia anudarse aquella prenda debajo de una cualquiera de las dos orejas, con preferencia la izquierda.

¿Y este era el loco? Octavio y yo nos

miramos con extrañeza. Andrés nos hizo sentar á su lado, nos ofreció tabaco — en la vida anterior no fumaba más que á costa de nuestras petacas, á turno impar — y nos hizo una serie de preguntas discretas :

— ¿Quién va ahora por la tertulia del café? ¿Qué se dice de mí? ¿Se ha efectuado ya la unión de los republicanos?

Contestamos con cuatro frases hechas para no cargar demasiado la cabeza del enfermo; en el curso de la conversación, éste dió pruebas de una ecuanimidad, de una serenidad de juicio y de una clarividencia de pensamiento que hubiera hecho las delicias de cualquier filósofo kantiano. ¿Será que la razón constituirá un estorbo para el recto razonar? ¿No será con ella con la que se discurre, si no con el hígado, el bazo, ó cualquier otro montículo de nuestro interior?



¡Misterio! En nuestro amigo Andrés se observaba un fenómeno desconcertante: la locura lo había vuelto — á él que fué siempre, á pesar de su dulzura, algo arbitrario é impulsivo — completamente razonable.

Octavio, para probar aún más la realidad del contrasentido, hizo al loco una pregunta á modo de sonda:

— Oye, Andrés, y de aquel drama en seis actos que pensabas escribir...

No le dejó acabar:

— ¡Hombre, por Dios! Aquello fué una broma; he pensado seriamente que para escribir un drama, aunque sólo tenga un acto, hace falta una preparación de ideas y de sentimientos que yo estoy muy lejos de poseer. No basta con el sedimento de unas cuantas lecturas, por muchas y muy escogidas que éstas sean; les preciso que la vida nos haya hablado con la seriedad de sus incidentes. Para ver lo dramático, sin deformaciones que están muy cerca de la caricatura, hace falta, ó una gran intuición como la de Shakespeare, ó un estudio de muchos años en la vida, que supla en nosotros la falta del soplo divino.

— ¡Admirable! No hablarían así la mayor parte de nuestros dramaturgos.

A Octavio le horrorizó la respuesta, por lo que indicaba: con una mirada me dió á entender lo que pensaba en aquel momento. Si: era posible. Andrés no estaba loco; su encierro en el manicomio no era acaso más que un secuestro, una de esas canalladas que la ley autoriza, y en virtud de la cual un hombre sano y perfectamente apto para la lucha por la vida, es encerrado en una habitación como si fuera un leopardo, mientras otros se aprovechan de su encierro para administrarle los bienes ó para quitarle la vida.

En tal caso, nuestra amistad marcaba el camino de nuestro deber: había que salvar á aquel hombre. Libertarle de su encierro, demostrando á la curia y á la Ciencia que aquel hombre no estaba loco, que su razón funcionaba con mucha mayor regularidad que las máquinas saca-perras que hay en los vestibulos de ciertos teatros. A no ser que, en ésta época decadente en que todo se desquicia, se llamase locura á las expresiones del sentido común, y se señalase con el estigma de la perturbación á todo hombre que discurriese rectamente.

Si Andrés estaba loco, la inmensa mayoría de los mortales que aún andamos sueltos por el mundo debiéramos recluirnos voluntariamente en unas celdas acolchadas, y embutirnos en una camisa de fuerza de siete metros. Porque, si aquello de nuestro amigo era locura, ¿qué sería nuestro incongruente razonar de todos los días, que nos hacía desayunar-nos muchas veces á la una de la tarde, é irnos á dormir cuando la Naturaleza se despierta? ¿Cómo habría que llamar á esa singular parodia del raciocinio que empleamos todos los humanos cuando salimos á la calle en día de lluvia con botas de charol, y cuando por llegar antes á una cita urgente, tomamos un tranvía, muy persuadidos de que hacemos algo serio? Si estamos en nuestro cabal juicio, ¿cómo, cuando queremos divertirnos, entramos en un salón de variedades, y cuando queremos conmovernos con las explosiones del patriotismo, asistimos á una sesión del Congreso de los Diputados?

Todas estas cosas, y algunas más, nos las decíamos con la mirada Octavio y yo, gracias á esa intensa expresión que adquiere la vista humana en los momentos difíciles. Andrés seguía hablando de varias cosas, armónicamente, sin dar una sola nota discordante en el concierto de su serenidad. De pronto se detuvo en medio de una frase, nos miró con insistencia, y, dándose un golpe en la frente, dijo:

— Pero hombre, ¿cómo no me he acordado antes?

— ¿De qué? — dijo Octavio poniéndose en guardia.

— ¡Cómo! ¿Es que vosotros también lo habéis olvidado?

— Pero... ¿de qué se trata? — dije yo, poniéndome en pie, por si acaso venía el esperado ataque de locura.

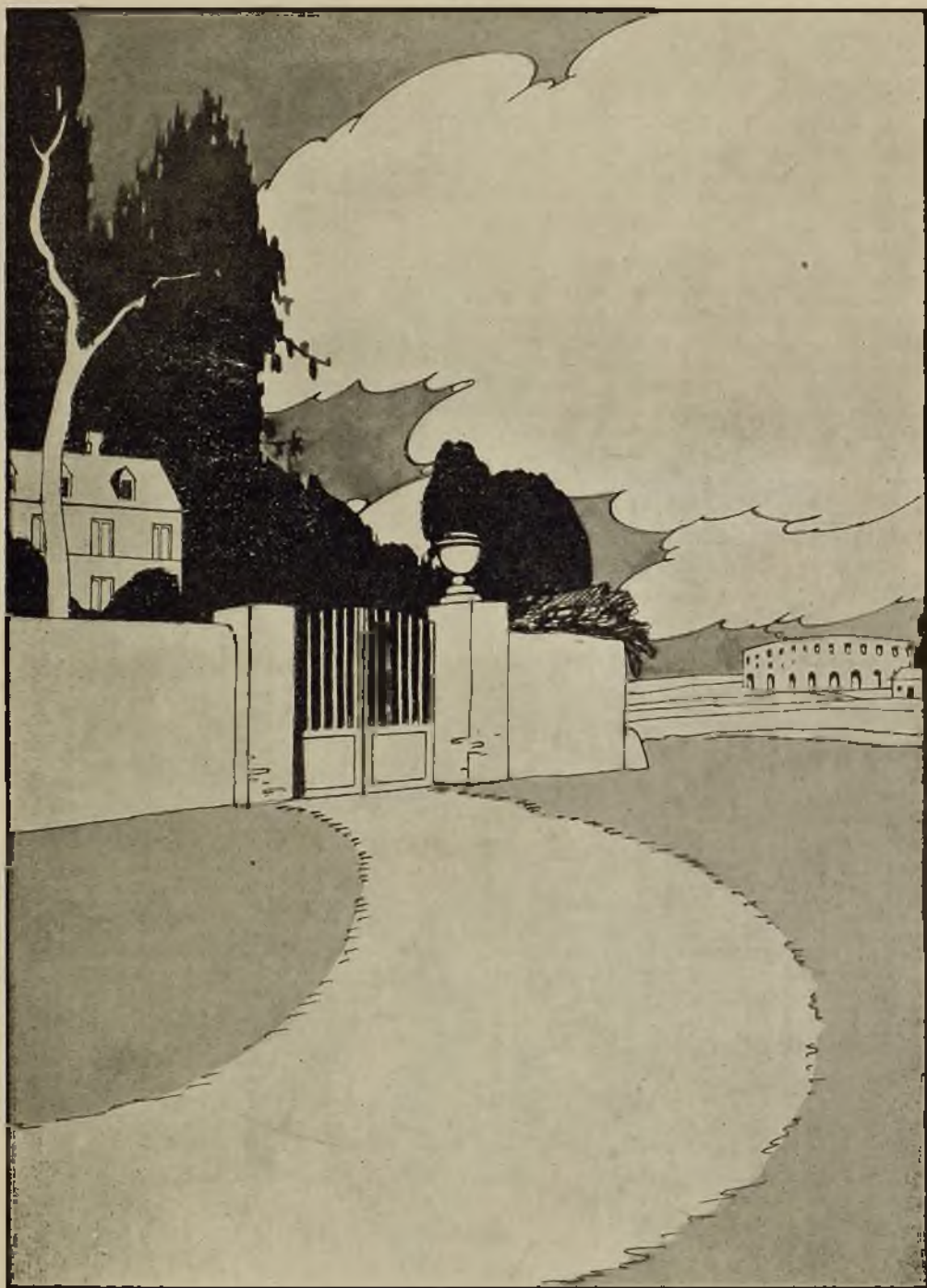
— Yo tengo con vosotros pendiente una deuda de quince duros.

Esta vez, la mirada que Octavio y yo cambiamos fué de terror... un terror doloroso y compasivo, que casi nos hizo llorar. No contestamos nada.

— Pero... ¿es que no os acordáis?

— No hables de eso, Andrés... ¿No ves que nos ofendes?

— No veo por qué. Ahora mismo no puedo pagaros, porque aquí no nos dejan tener dinero encima; pero os voy á dar una carta mia para el cajero de



*El manicomio del doctor Fanosa está situado junto á un bosque de eucaliptus...*



Cornelio. Me deben el último mes, veinticinco duros; que os entregue quince y quedamos en paz.

— ¡Andrés, por Dios!

— ¡Por Dios, Andrés!

No acertábamos á decir otra cosa; fué nuestro amigo á escribir la carta, pero Octavio se opuso.

— Otro día... cuando vengamos otro día.

Pude convencerlo, y nos despedimos de él, prometiéndole visitarle con frecuencia. Nos acompañó á la puerta y nos abrazó con efusión; en sus brazos temblábamos como ramas sacudidas por el viento; aquellos brazos podían ser nuestra horca si el ataque sobrevenía.

Cuando nos vimos en el pasillo, Octavio y yo nos abrazamos y dimos suelta á nuestras lágrimas.

— ¡Pobre Andrés!

— ¡Pobre amigo nuestro!

Mis lágrimas caían sobre el hombro izquierdo de Octavio, y descendían á lo largo de los faldones de su americana; las suyas se evaporaban en el bolsillo exterior de mi chaqueta, como el rocío cuando el sol lo baña.

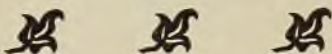
— Ya te habrás convencido de que Andrés se ha vuelto loco.

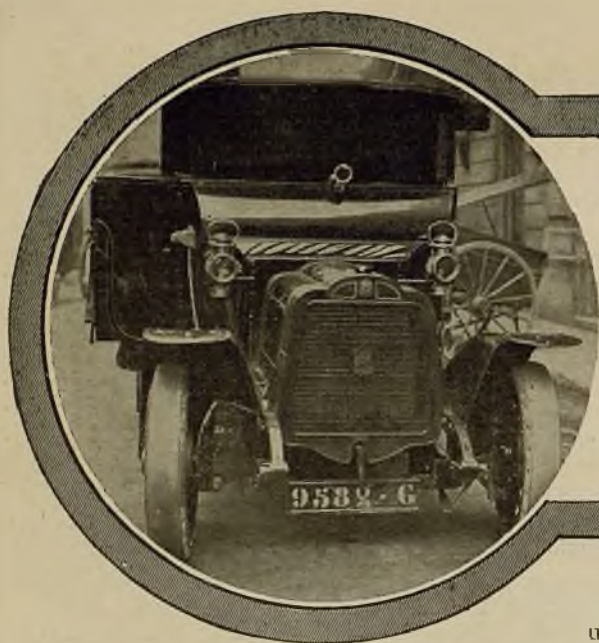
— Más que un rebaño de cabras.

— Porque ¡vamos! hace falta haber perdido del todo el juicio para no aprovecharse de la circunstancia de estar encerrado en un manicomio para eludir así el pago de las trampas.

— La verdad es que se necesita estar loco.

JOAQUÍN BELDA.





Cajas de

Caudales

Ambulantes

El transporte de dinero, ya en billetes ya en plata, valores, etc., y especialmente en oro, acuñado ó en barras, siempre ha sido un problema que ha preocupado hondamente á todas las entidades bancarias.

Como moscas á la miel, acuden los amantes del dinero ajeno, contra los cuales puede decirse que han fracasado todos los medios defensivos. «Quien hizo la ley, hizo la trampa», dice el refrán, y el ladrón hace al guardia, perogrullada... que no es muy perogrullada.

Actualmente los bancos parisienses utilizan unos automóviles blindados á prueba de todo ataque. Su aspecto exterior no denuncia ni lo que va dentro ni el poderoso blindaje que lo defiende; los *chauffeurs* tampoco llevan distintivo alguno que los acuse de empleados de tal ó cual banco, de modo que es difícilísimo, por no decir imposible, averiguar que el automóvil ordinario que nos encontramos á nuestro paso es una caja de caudales ambulante.

Pero, en el caso de que un bandido, demasiado listo, posea en los ojos una especie de rayos X, el acero protector de las doradas y tentadoras monedas de oro, impedirá que éstas salgan de su prisión... sin la llave-talismán.

La industria, que es el hada moderna, siempre está haciendo inventos prácticos, unas veces al servicio del arte, otras al de la ciencia, otras a la de la misma industria.

Esta vez merece un aplauso sincero y entusiasta, porque nadie podrá poner en duda la importancia de esta clase de automóviles.

\*\*







## ACTUALIDADES ARGENTINAS



*Roosevelt, en su reciente viaje, interrogando á los soldados argentinos por el intermedio de un intérprete. Parece ser que la marcialidad de los soldados produjo un sentimiento de profunda admiración en el antiguo presidente de los Estados Unidos, que pudo cerciorarse por sí mismo de los grandes progresos realizados por la Argentina en estos últimos años.*



*Los periodistas brasileños, que han sido muy agasajados en el Círculo de la Prensa de Buenos Aires. — En verdad, es lamentable que estos viajes no sean emprendidos con mayor frecuencia, pues sería el mejor medio de estrechar las relaciones entre las repúblicas sudamericanas.*



*Roosevelt en el campo de maniobras contempla los ejercicios ejecutados por los lanceros. La caballería argentina, como los infantes, ha merecido todos los elogios del antiguo presidente.*

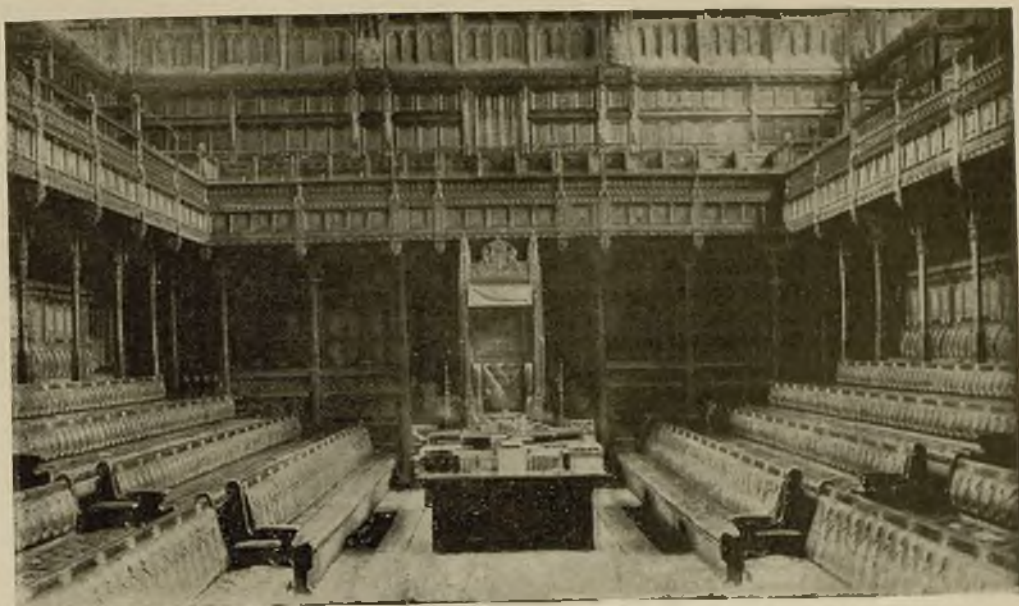


*Roosevelt presenciando el desfile de las tropas, en compañía del ministro de Estado, Dr. Bosch, y del de la Guerra, general Velez.*



*Otro grupo de periodistas brasileños, en el Círculo de la Prensa de Buenos Aires.*





CÁMARA DE LAS COMUNES

## Siluetas del Parlamento

Dentro de pocas semanas se verificará la reapertura del Parlamento de Londres. Volverán á poblarse de chisteras y de chaqués flamantes los pasillos, que, por tener los ventanales góticos, despiertan una reminiscencia claustral. Las muchachas que sirven el té en un saloncito confortable, tornarán á ceñirse su cofia blanca y coqueta. Los ujieres estirados vestirán otra vez las solemnes casacas de ceremonia. Todas las tardes resonarán las cercanías del puente de Westminster con el trompetear de los automóviles. Y en la gran rotonda del Palacio, entre



J. CHAMBERLAIN

el precipitado ir y venir de los periodistas, de los secretarios, de los diputados, de los jefes de grupo, tímidamente aguardarán su turno, para entrar en la tribuna, los extranjeros curiosos; los provincianos vestidos de domingo, con la pipa ociosa entre los labios, los colonos venidos de las tierras lejanas, con un respeto casi religioso, á la metrópoli omnipotente: campesinos del Canadá, granjeros de Australia, un minero del Cabo, con un doméstico negro que tal vez fué príncipe cuando Dios quería, un rajah de la India, ado-

lescente, con la faz morena y sensual y los ojos perdidos en un ensueño remoto, y las manos indolentes cubiertas de pedrería rutilante.

Y los ujieres harán una leve indicación; todos nos apartaremos para dejar pasar á un viejo pulcro, rasurado, que avanzará con paso enérgico. Mirada escrutadora la suya; rosada la tez, bajo la corta melena de plata. Y como su indumentaria de oficinista no descubrirá el secreto de su personalidad, acaso alguno de los que aguardan se acerque á preguntarlo á un policeman.

— Es mister Asquith — le explicará el modesto representante de la ley; — es el primer ministro de Inglaterra.

Mister Asquith llega puntualmente á la Cámara de los Comunes. Ocupa su asiento en el diván del Gobierno. Escucha atento la lectura de las actas. El salón de sesiones está casi desierto. Es recogido, íntimo este salón; la madera tallada de los asientos y de la galería le da cierta

semejanza con el coro de las viejas catedrales. La luz cenicienta de las tardes de Londres en vano lucha con la penumbra que lo funde vagamente todo. Y no hay gritos, no



MR. BALFOUR

[Ex-Jefe del Partido Conservador.

en la mano.' Los demás 'diputados' parecen oírlo, pero no escucharlo. Se despezan, se reclinan negligentes en sus bancos, alzan los pies hasta el respaldo del vecino. El orador habla durante dos ó tres minutos. Su pregunta quizá tiene una importancia enorme: una guerra europea puede surgir de la contestación; un aumento universal de armamentos; una modificación trascendental en el

pensamiento y en la economía del mundo. Y mister Asquith se levanta entonces. Se han encendido ya las lámparas tal vez. Su cabeza rosada y plateada destaca sobre el fondo sombrío de las levitas. Con su voz blanda, familiar, va á explicar llanamente, sencillamente, el asunto. Sus palabras van á ser telegrafadas á todos los puntos de la tierra; dentro de dos horas, los periódicos de New-York, de Melbourne, de San Petersburgo, de Bombay, lanzarán ediciones



MR. BONAR LAW

Jefe del Partido Conservador





MR. H. H. ASQUITH  
Primer Ministro de Inglaterra.

especiales ó exhibirán el discurso en sus transparentes. Cien lápices ansiosos, temblorosos, aguardan que comience. Y mister Asquith lo hace. Sus manos se apoyarán en la mesa, penderán á lo largo del cuerpo, estarán ocupadas con algunos papeles: no se servirá de ellas para expresar, para «redondear», para completar ninguna idea.

Oyéndolo nosotros, que para pergeñar una croniquilla deleznable luchamos tanto con el vocabulario, encontraremos fácil el arte de gobernar un gran pueblo. Lo veremos pasar sobre los temas más arriesgados con la desenvoltura de un abuelo complaciente que inventa un cuento para sus nietecillos. Los problemas políticos más complejos y abstrusos se simplificarán en sus labios. Si hace una cita clásica, la deslizará más bien. Si tiene que hacer una advertencia grave no la hará con demasiada gravedad. Habrá hablado durante quince minutos como si explicara la solución de un teorema aritmético, sin lamentaciones, sin imprecaciones, sin hipérboles, sin grandilocuencia. Esta facilidad, esta

simplicidad acabarán por engañarnos. Un instante nos haremos la ilusión de que trató asuntos triviales. Pero luego, en vez de amenguar la magnitud de los asuntos, con involuntario asombro, mentalmente veremos agrandarse la del viejo estadista, que se habrá sentado otra vez, con su cartapacio de papeles en las manos...

Muy de tarde en tarde cruza el salón la silueta prócer de mister Chamberlain, la orquídea en el ojal, el monóculo espejeante sobre el ojo imperativo y altanero. Se aproxima Lord Robert Cecil al grande hombre imperialista, inclinándose, con su gesto tedioso habitual y su flaco y curvo perfil de pájaro de las cumbres. Y aquí y allá vuestros ojos pueden distinguir el rostro de mister Balfour, que renunció la jefatura del partido conservador con un gesto de hastío — severo, callado, sumergido en una perpetua meditación — la figura de Sir Edward Carson, cabeza enérgica de guerrero y de fanático, clamando con amenazas, con cifras, con ironías, por la libertad del Ulster; la faz casi infantil de mister Minston Churchill, primer lord del Almirantazgo ahora; en su pensamiento, como en el encerado una ecuación,



MR. EDW. GREY  
Ministro de Relaciones exteriores.



MR. EDWARD CARSON  
Jefe de los Unionistas de Ulster.

está resuelta ya la tragedia naval que Europa aguarda temerosa hace años, y cuando habla de las escuadras británicas, sin embargo, lo hace como á su pesar, con jovial descuido, bajo el que vuestra perspicacia en seguida descubrirá su atención anhelosa, despierta, vigilante siempre; ó la cara, plácida hasta en el enojo, de mister Bonar Law, estupefacto aún de sentirse jefe de los conservadores, y mal orador, pero buen hombre; ó la silueta fina, inteligente, aguda, de Sir Edw ard Grey, ministro de Relaciones Exteriores: silueta de actor de tragicomedias, con su máscara movable y expresiva y su boca de cardenal florentino, dulcificada por su mirada bondadosa que ha sondeado tantas miserias de reyes y de pueblos.

Allá en el fondo columbraréis una cabezota enorme, en bóveda la frente, del que no dan idea los retratos, el bigote caído, y una expresión socarrona en los ojuelos vivaces; áspera cabeza sobre los hombros recios del único hombre mal vestido en la Asamblea. Es

mister Lloyd George. Cuando se levanta á hablar, para replicar á una pregunta ó para hacer un discurso, toda la Cámara le escucha inquieta, temerosa de su palabra elástica, agresiva, fuerte, como la garra de un felino. Indiferente al desdén y á la cólera de sus adversarios, como un ariete va demoliendo el castillo medioeval de sus privilegios de aristocracia altanera. A veces levanta tempestades de aplausos y á veces de imprecaciones. Tiene la misma apariencia risueña de esos lobos de mar de la vieja tierra británica, á quienes se asemeja, igualmente impasibles en la

tempestad que en la bonanza. Pero no es en el Parlamento sino en las asambleas populares donde su demonio oratorio lo domina por entero. Si hay un orador que responda á los gustos, á las necesidades, á la inquietud de espíritu de nuestro tiempo es él; y nadie como él posee el arte de persuadir á las multitudes. En las cuestiones más áridas sabe abrir brecha para su ternura ó su heroísmo; es un hombre que hasta manejando cifras sabe conmover y, lo que es más difícil, hace reír y sonreír. Los párrafos de sus arengas no son armoniosos sino ingeniosos no redondos, sino agudos. Habla en frases precisas, cortadas y cortantes, con una *bonhomie* y con una sencillez engañosas. Y



MR. LLOYD GEORGE  
Ministro de Hacienda (Canciller del Echequier)

cuando en las asambleas populares el auditorio le interrumpe, es incomparable la facilidad con que incorpora la interrupción á su discurso, como un malabarista que coge al vuelo objetos heteróclitos y juega con ellos.

— Voy á contaros — dice en un mitin de propaganda de sus reformas agrarias — una cosa ocurrida á un pobre hombre, amigo mío de la infancia, que se llama John Burns, de Gales...

— ¡Yo lo conozco! — exclama ingenuamente un espectador anónimo, desde una alta localidad del teatro.

— ¿Lo conoce usted? — dice volviéndose hacia él, sonriente, Lloyd George. — Pues entonces tengo que andarme con cuidado en el relato...

Y la muchedumbre ríe primero. Y luego, cordialmente, efusivamente, aplaude.

JUAN PUJOL.





*Al pie de las montañas, sobre cuyos lomos la nieve immaculada blanquea y brilla, los cazadores alpinos franceses dan una nota guerrera.*

# Maniobras de Invierno

♦ ♦ ♦

## *Los cazadores alpinos franceses*

Hace algunos días se celebraron las maniobras de los cazadores alpinos franceses. Frente á las más imponentes montañas, el cazador alpino, generalmente de menguada estatura y enjuto, apenas se diferencia de los gruesos guijarros que le rodean y que la montaña dejó caer indiferente al desembarazarse de la parte de las nieves que la abrumaron durante el invierno. Poco á poco, el soldadito, que apenas vemos en la ladera, avanza, y sus líneas movedizas van escalando la mole abrumadora y rumorosa. Ni el viento helado de los ventisqueros, ni las resbaladizas pendientes, á veces bordeando un abismo, los detiene. ¡Adelante! deben gritar interiormente, ó, quizás, más heroicos todavía, avancen sin conceder impor-

tancia al continuo peligro que los amenaza y aun sin pensar en él.

Poco á poco, el soldadito escala la montaña, y las filas aparecen y se pierden en las oquedades, hasta que de pronto se ve ondear la bandera en uno de los puntos más elevados.

Las maniobras celebradas este año por los cazadores alpinos franceses, son dignas de todo elogio, y en los ejercicios de transporte de artillería y de material ha habido derroches de ingenio y de valor. Una vez más, los Alpes han sido dominados por el hombre, y en caso de guerra, dada esta clase de hombres, no serían grandes obstáculos á una invasión, como lo demostrara Bonaparte, y como lo demostraría en lo porvenir otro general de



*He los ya en orden de combate, defendiendo el terrible desfiladero por donde ha de pasar el enemigo.*

heridos por las balas enemigas, á hombres que, por su carácter heroico, la nación debiera conservar á todo precio, en medio de una naturaleza de majestuosa é irresistible belleza...

\*\*\*



*Nada detiene á estos bravos cazadores que escalaran la muralla cortada á pico y llevarán á la cumbre su valor y su material de guerra.*

mérito. Mas no sería una gran desventura el ver caer entre la nieve,



# "Le Chic"

□ □ □

Cartas de una parisiense



He aquí el año nuevo. Esta época evoca en la imaginación de pequeños y grandes, nuevos mundos. Desde hace tiempo pensaron los pequeñuelos en los bonitos regalos que les traerían los Reyes, aunque, á decir verdad, les costó su trabajo llegar á adquirirlos, pues tuvieron que aprender de memoria el cumplido habitual que es necesario recitar en el seno de la familia. Otras veces pasaron largas horas confeccionando los menudos objetos que con tanto gusto ofrecen á sus padres. Mas nada puede satisfacer tanto á las muchachitas como un nuevo tocado, y, en esta crónica, voy á iniciarlas, queridas lectoras, en las últimas novedades de la moda infantil. Mi cosecha ha sido bastante fructuosa y espero colmar su curiosidad ofreciéndoles unos

bonitos modelos.

Tanto como para los tocados de las mamás, empléase mucho el terciopelo, duvetynes, sedas, pieles y hasta para el baile ó el teatro, tejidos con perlas.

Y, verdaderamente, están adorables estas mujercitas. En su manera de ponerse una bonita flor en los cabellos, adivinase todas sus aspiraciones de coquetas en ciernes. Mas sin empujarlas demasiado por el camino del lujo, es muy natural que se mime un poco á estos angelitos sinceros

en los que florecen la alegría de la vida y la despreocupación.

Algunos de los más conocidos modistos de París poseen un gusto exquisito para engalanar á los niños, y en las reuniones de niños elegantes se ven verdaderas maravillas. No obstante, esta edad se presta

Photo. P. Genious.  
MODELOS VISTOS EN LAS CARRERAS.

poco á los vestidos lindos, porque la gracia de la niña ha desaparecido antes que naciera el encanto de la mujercita. De los doce á los diez y seis años es necesario á las niñas vestidos que no sean demasiado largos ni muy cortos. Pero cuando



tienen menos edad, el *chic* consiste en que se vea el tobillo. Y, en verdad, nada puede serle comparado como elegante y práctico, puesto que los movimientos quedan por completo libres.

En los modelos que presentamos hay dos vestidos encantadores de niña de catorce á diez y seis años. — Nada más atrayente que esa tela tono de «tiza». El vestido está revestido con un velo de linón. La túnica, menos ajustada, está unida á las costuras por calados. Una ancha cintura plegada á la antigua se anuda hacia atrás con una lazada aplastada, aunque el nudo «cuadrado» también se lleva mucho. Los bolones, pequeños y muy próximos unos de otros, son (no es necesario que se diga) del mismo tono que la gran hoja verde estilo imperio que sujeta este conjunto vaporoso.

Pero he aquí envuelta en satén rosa y tul con perlas, una encantadora silueta de mujercita. La túnica, y el corpiño de tul con perlas de cristal de un blanco luminoso muy llamativo, están cruzadas por una banda de tul de color uniforme con transparente rosa, que sirve de unión á la

blusa con la falda. La cintura rosa rodea el escote, se cruza sobre el pecho, envuelve la cintura para terminar anudándose descuidadamente atrás, por encima de la piel de *liberty*, que forma un ligero pliegue junto á la costura del lado. Este traje, muy claro de color, deja el brazo completamente al descubierto. Me parece uno de los más lindos trajes que se puedan imaginar; los zapatitos, de satén rosa, son indispensables.

He aquí un encantador traje de paseo de mucho lujo. Vestido recto redondeado y abotonado por delante. Se encuentra medio cubierto por la túnica, bonitamente con *soutaches* hasta el pecho. Una pequeña cintura, de charolado color cereza, como el tejido, denuncian el talle. El sombrero de fieltro flexible semeja algo al de los policías, y está adornado sencillamente con un «mefisto» rojo. Para completar este conjunto, muy parisiense, el adorno de zorro es indispensable.

Este pequeño traje de terciopelo leonado es de una elegancia sorprendente. En forma de kimono, está adornado por encima de las rodillas con una piel de seda azul turquesa, como las pequeñas vueltas que, al juntarse, forman el cierre. La pequeña campana debe hacerse de terciopelo turquesa con un nudo de piel-seda como el de la cintura.

La corbata y el manguito de armiño





harán resaltar este conjunto exquisito.

Otro vestido que también tiene un *chic* extremo en su sencillez. Es de tejido de terciopelo lana color marrón con *parements* escoceses, en los que domina el color verde. Una ancha cintura de *dalm* verde lo estrecha muy bajo, lo que da á la silueta infantil una elegancia llena de gracia.

Para terminar, he aquí un bonito vestido en *paille* azul viejo, adornado de *soutaches* del mismo tono y con cintura con

los volantes abullonados color limón. El pequeño directorio es del mismo tono que el vestido con los «Princes de Galles» color limón. El conjunto es de una originalidad encantadora, de un gusto refinado.

Para terminar, indicaremos un vestido poco lujoso, pero muy bonito, de terciopelo con franjas color limón y adornos violeta. El pequeño polo es de pana marina con dos «mephisto» limón, porque se lleva mucho este color en la moda infantil.





# Ensalada

« por »

LUIS BONAFoux



Dos viejos verdes — don Nicolás Estévez y don Federico Urrecha — han venido á felicitar me el año nuevo, ofreciéndome, además, aguinaldos. Don Federico me ha traído sus *Paisajes de Holanda*: don Nicolás, sus *Rastros de la Vida*, con dedicatoria original: ha recortado de un periódico, que hablaba de no sé qué artículo mío, estas líneas, y las ha pegado á la portada (tiene gracia):

« Al sangriento y cruel Luis Bonafoux, que á veces dice verdades irrefutables en un lenguaje rudamente cáustico... »

...¿Por qué estos viejos no han olvidado el castellano, y lo escriben con limpieza y esplendor? Y ¿por qué no son galiparlistas, amanerados, conceptuosos y sabihondos, como ordena y manda la Moda? Don Nicolás nos dice cosas graves en estilo sencillo y ameno, y don Federico nos lleva amenamente á través de los canales holandeses que recorrió este verano. ¡Mire usted que es cosa fuerte el que tengamos que acudir á la senectud para pasar el rato! Los jóvenes modernos, en su mayoría, son saucos llorones.

« Todo el atraso de España — escribe don Nicolás, — todas sus desdichas pretéritas, presentes y futuras, á Europa se las debe; » y pide, en consecuencia, que España, en vez de europeizarse, se españolice. Tal vez está en eso el quid de que dichos escritores españoles de buena cepa se conserven tan españoles á través de Europa, con sencillez y gracia no estudiadas.

Si España hizo mal en europeizarse, Francia no hace bien en africanizarse; pero el caso es que en París no se puede exclamar: « ¡negro te veas, — lo, — porque los Johnson — Jack y Jim, — los Joé Jeannette y Sam Langford, campan por sus respetos. Hay quien protesta. *L'Homme Libre* escribe:

« Una moda nueva y pretenciosa quiere imponerse en París: los pugilatos, en los que todos los adversarios son, por lo menos, campeones del mundo. Pero ¿tienen verdadero interés deportivo esas exhibiciones de negros más ó menos reputados por el vigor de sus puños?... Lo positivo es que constituyen un espectáculo malsano. ¿Por qué se prohíben las

corridas de toros en París y se toleran los pugilatos? »

Al calor de este deporte, tan en boga, se va forjando un guirigay del que otro periódico da una muestra publicando un diálogo cogido en el último match:

— *T'as vu le beau swing du droit?*

— *Et le direct du gauche!*

— *Par! un uppercut!*

— *Mets-y en, l'négro!*

— *Bouff-le!*

— *V'tan! dans l'buffet!*

— *Il pavoise!*

— *Il s'accroche!*

— *Il flotte!*

Si que es jerigonza. ¡Y qué tripastienel! Reseñando el pugilato Jeannette-Langford, *Le Matin* escribe:

« Jeannette recibe un formidable *crochet* en la boca, que mana sangre. El infeliz, cuyos ojos parece que buscan quien le ayude entre los espectadores, que muy emocionados, miran este fin trágico del match, mántiense penosamente en pie, sosteniéndose con las cuerdas, y, con las manos levantadas; diríase que implora piedad del vencedor. La angustia es tanta, que hay que retenerse para no gritar: — ¡Piedad! ¡Piedad para él! »

Y en seguida el citado diario añade:

« Este match es uno de los más hermosos que se han disputado en Francia. »

Compréndese así que don Nicolás es opongá á la europeización de España.

¿Y cómo no ha de echar de menos la vida salvaje — él, que es tan friolero — cuando recuerde el tiempo pasado al amor de la lumbre del sol tropical?

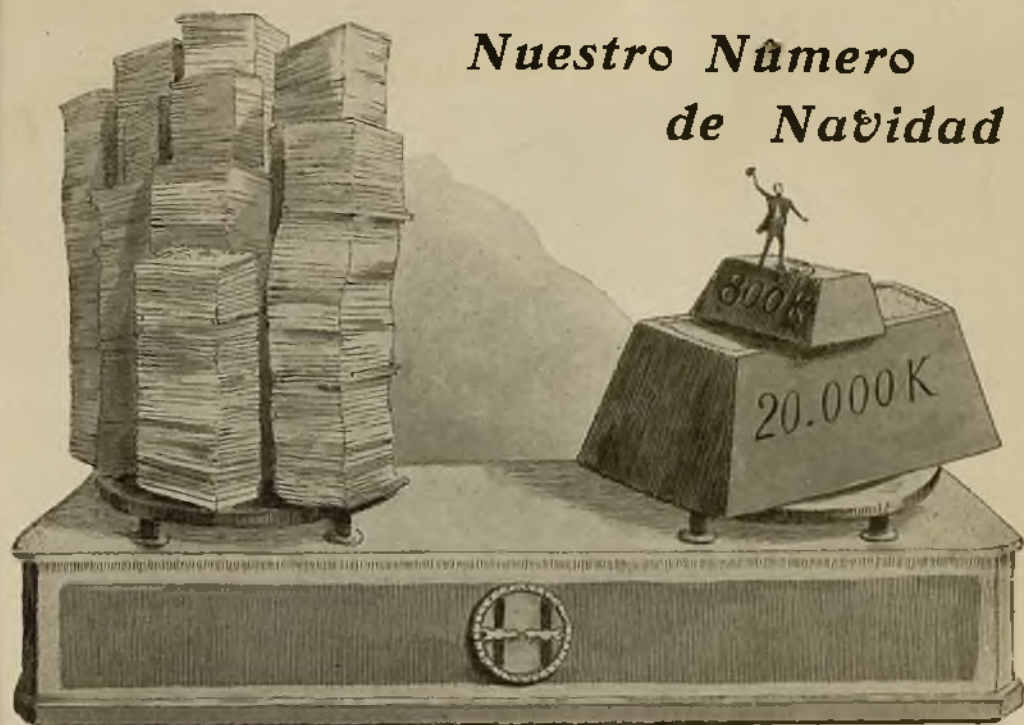
¡Ay, don Nicolás, qué fresquete hace! Yo no soy sabio de ningún Observatorio, ni de ninguna parte; pero juraría que este invierno va á ser como el que vi y senti al llegar á esta latitud con poco dinero y menos ropa, cuando por cima del Sena, muerto y cristalino, y á la luz de un crepúsculo que parecía boreal, corría una bandada de patos salvajes; y yo, con el vientre un tanto vacío, mirábalos de hito en hito, diciéndome para mi tabardo talar de jerga inglesa:

— ¡De qué buena gana me los comial...

LUIS BONAFoux.



## Nuestro Número de Navidad



Puesta en el platillo de una balanza la tirada de nuestro número de Navidad, sería necesario colocar en el otro "veinte mil ochocientos kilogramos" para equilibrar su peso.

El éxito alcanzado por nuestro número extraordinario de Navidad nos ha movido á hacer algunas curiosas comparaciones, para que el lector pueda formarse una

idea de lo que representa *materialmente* dicho número.

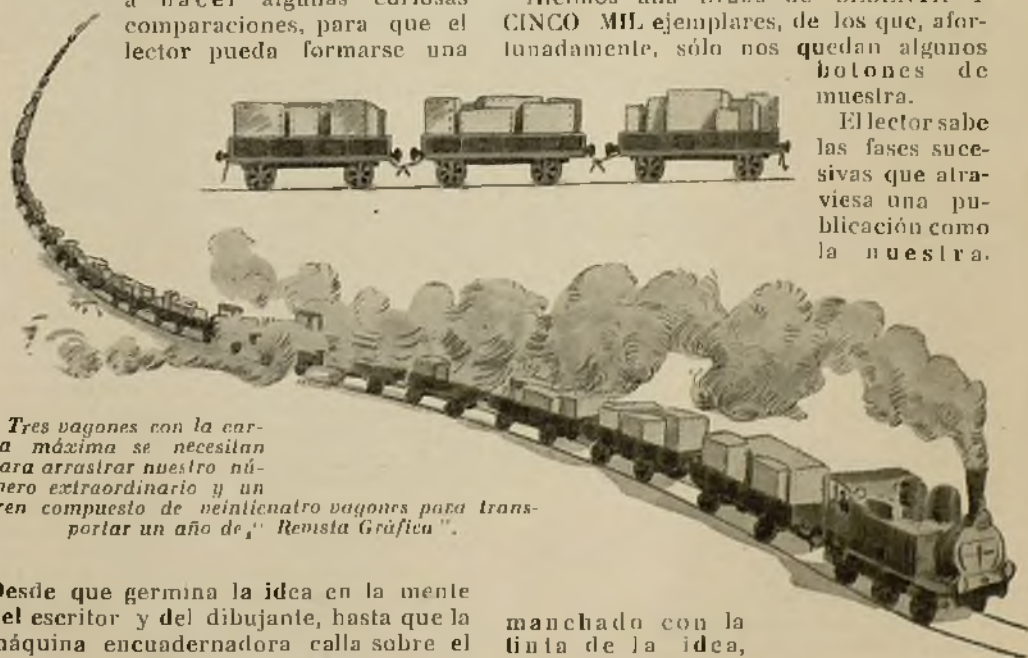
Hicimos una tirada de SESENTA Y CINCO MIL ejemplares, de los que, afortunadamente, sólo nos quedan algunos botones de muestra.

El lector sabe las fases sucesivas que atraviesa una publicación como la nuestra.

Tres vagones con la carga máxima se necesitan para arrastrar nuestro número extraordinario y un tren compuesto de veintiocho vagones para transportar un año de "Revista Gráfica".

Desde que germina la idea en la mente del escritor y del dibujante, hasta que la máquina encuadernadora calla sobre el último ejemplar; desde el dedo levemente

manchado con la tinta de la idea, hasta la mano del



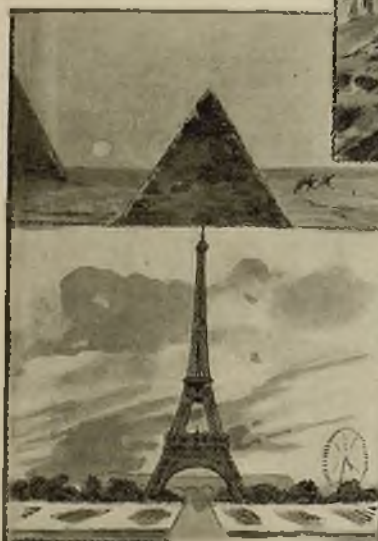
cajista tiznada con el plomo de la palabra, mientras las máquinas imprimen lo ya hecho y los rodillos, que llevan los tres colores elementales del iris, componen sintéticamente la paleta del pintor.

Pero los lectores acaso no han tenido la curiosidad de pesar nuestro número (320 gramos) y calcular que el peso



MÁS DE DOS VECES LA PLAZA DE LA CONCORDIA.

Apilando la tirada de dicho número, se obtendría una altura de CUATRO CIENTOS CINCUENTA Y CINCO METROS; es decir, que si colocásemos la torre Eiffel sobre la pirámide de Cheops, y a su lado la pila de REVISTAS, todavía excedería en nueve metros nuestro periódico á la



Una revista sobre otra, del número de Navidad, representa nueve metros más que la torre Eiffel y la pirámide de Cheops, una sobre otra.



de toda la tirada es la enorme suma de VEINTE MIL OCHO-CIENTOS KILOGRAMOS; es decir, que para transportar nuestro número extraordinario se necesitan TRES vagones de ferrocarril con su carga máxima.

Los tres vagones se convierten en un TREN DE VEINTICUATRO para transportar la cantidad de papel que empleamos al año en la tirada de REVISTA GRÁFICA, papel que, desplegado, cubriría una extensión un poco mayor que la provincia de Alava.

Sólo con el papel empleado en nuestro número de Navidad se podría cubrir



altura de los dos gigantescos monumentos.

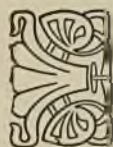
La tirada de un año equivale — puestos unos números sobre otros — á la altura del pico Everest, del Himalaya, y arrancadas una á una sus hojas, y colocadas unas detrás de otras, se podría cubrir el camino desde Londres hasta Buenos Aires.

Las hojas del papel del número de Noel, puestas sucesivamente, llenan

la carretera de París á Versailles.

Los números que acabamos de citar y los dibujos que acompañan á estas líneas son demasiado elocuentes para que añadamos comentario alguno.





# El Secreto de la Momia



Por Jorge MEIRS

—Bastaba tener un olfato sensible. Ninguno de ustedes fuma cigarros indios y alguien ha entrado aquí que acababa de fumar uno de esos cigarros. Por tenue que sea su olor, es persistente; añadiré que he notado este mismo olor en el domicilio de nuestro joven amigo, de donde acabo de venir.

—¿Hace tiempo, á su juicio, que... ese alguien ha venido?

—No. Me sorprendería que hubiese transcurrido una hora desde entonces. En casa del señor de Raizet la visita era aún más reciente.

—Siempre ha asegurado usted, Tharps, que el espíritu de lógica y de deducción bastaba para resolver las mayores dificultades.

—De un modo general, sí.

—Y, sin embargo, usted, el lógico emérito, aún no ha descubierto el punto importante del enigma que nos preocupa.

—Error.

—¿Usted sabe?...

—Todo cuanto es humanamente posible saber.

—¡Oh! Diga usted...

Era nuestro joven amigo que suplicaba al «detective» que no le tuviera más tiempo en la ignorancia.

—Las palabras— incoherentes á su juicio— pronunciadas por su padre, señor de Raizet, eran estas: *Jacobo... manos... clé...?*

—Si, señor.

—En el inventario de los objetos de propiedad de su padre, he notado la designación de una momia egipcia, que data de la época de los Faraones, octava dinastía.

—Sí.

—Alberto, el antiguo servidor de confianza, me ha asegurado que aquella momia era la de cierta Clelia Clesita, esposa de uno de aquellos reyes y que poseía usted — ó había poseído — documentos en que constaba dicho origen.

—Exacto.

—Añadió que su padre y usted siempre llamaban á aquella momia por su nombre.

—También es verdad.

—En este caso, ¿no se puede suponer que su malogrado padre se sirviera de aquella antigua reliquia para ocultar en ella el título de renta que representa la casi totalidad de su fortuna?

Jacobo de Raizet, que hasta entonces había seguido con avidez las preguntas de Tharps, sintiendo crecer la esperanza á cada pregunta, hizo entonces un gesto de desaliento.

— Es poco probable — dijo.

— Para mí, es seguro — acentuó el «detective»

Hasta tal punto nos llamó la atención el acento con que pronunciara estas palabras, que le miramos uno y otro.

El ilustre «detective» recorrió un momento el cuarto de un lado para otro, á pasos largos, dejándose luego caer en su butaca.

— ¿Quién impide suponer que la palabra «clé» tan enigmática, no es precisamente la primera sílaba de la palabra «Clelia»? No quiero despertar en usted un dolor no extinguido todavía; pero debo observar que fué la última sílaba que pronunció su padre. Quizás adquiriera mi hipótesis mayor fuerza á sus ojos cuando le diga que, algunos meses antes de morir, Victoriano de Raizet mandó practicar en aquella momia un trabajo sumamente delicado sobre cuya naturaleza no pudo Alberto darme indicios. Aquel trabajo, que me pareció importante definir, fué confiado á un cerrajero que he tenido la suerte de descubrir.

El joven hizo un gesto pero, con la mano; Tharps le impuso silencio.

— Trátase — siguió diciendo — de hacer un cofre minúsculo cuya cerradura fuera la mano; un sistema ingenioso que sólo los iniciados podían hacer funcionar. Escuchábamos estupefactos.

Ya no cabía duda alguna de que la fortuna del señor Raizet, aquella fortuna que decían ser considerable; aquella fortuna que — en un momento de exagerada prudencia — había transformado en un título único de valor al portador, está encerrada en el escondite de la momia.

Y entonces me expliqué el deseo de Marmont de tener la lista del inventario. Su sagacidad le había indicado en seguida que el hidalgo difunto, habiendo reducido lo disponible al más pequeño volumen posible, tenía disimulado aquel tesoro en uno de los objetos familiares de su hogar.

Al oír las explicaciones del «detective» Jacobo de Raizet había hecho un gesto de desanimación.

— Si, lo sé — dijo William Tharps; — ya no tiene usted la momia.

— No.

— ¿Hace tiempo que se deshizo usted de ella?

— Más de un año. Me la había pedido uno de mis amigos; después de vacilar mucho tiempo, consentí en cedérsela.

— ¿Quién es ese amigo?

— De la Forge.

— ¿Mi antiguo cliente?

— El mismo.

— ¿Continúa la momia en su poder?

— Creo que no; era un regalo que

quería hacer. Por desgracia, ignoro á quién.

— Voy á ocuparme de ello en seguida.

« Por lo que á usted toca — dijo dirigiéndose al joven, — no veo motivo para que continúe la existencia que lleva hace algún tiempo. Escóndase donde quiera, le descubrirán; me basta como prueba la carta anónima que le llega todas las mañanas á su nuevo albergue, y el olor del cigarro indio que flota aquí. En tales condiciones, no corre usted más riesgos en su casa que en otra parte, y... quizás... su presencia en su domicilio me pueda servir. »

Había pronunciado esta última frase lentamente, como si vacilara entre la responsabilidad considerable que asumía por aquel hecho y el deseo de intentar la experiencia que proyectaba.

— ¿Usted me aconseja que vuelva?

— Si, desde ahora. Lynham le acompañará; dentro de una ó dos horas irá á buscarles.

William Tharps se despidió entonces del joven y, pasando su brazo debajo del mío, me arrastró hasta el «hall» del hotel, diciéndome que juego peligroso, pero necesario, emprendía.

— No temomás que á Camet — me dijo; — á pesar de todas mis investigaciones, nada sé de él. El mismo Alberto no ha podido darme ninguna noticia útil. Marmont nos ha avisado lealmente que era peligroso, y esa palabra en su boca tiene un valor que fuera torpeza no reconocer.

«Lo más apremiante es encontrar la momia de Clelia Clesifa, porque no puede estar en otra parte la solución. Le confío á usted nuestro cliente; esté preparado para todo y tome sus precauciones.

Le di un apretón de mano y subí rápidamente al cuarto de nuestro amigo.

La pueria estaba cerrada, llamé y al propio tiempo di la vuelta al picaporte. Contra lo que era de esperar estaba cerrada interiormente. Aguardé, y no obteniendo contestación alguna, volví á llamar.

Que por prudencia se hubiese encerrado Jacobo, era lógico; pero que no me contestase, aunque había dado mi nombre, me pareció anormal.

Llamé de nuevo, pero fué en vano.

Inquieto, corrí á la oficina del hotel; el hostelero trepó la escalera abriendo la puerta con su llavín. La sala, un cuarto de fumar, estaba vacía. Corrí á la puerta del dormitorio situado en el fondo; se abría por dentro, la empujé, sentí un obstáculo, empujé de nuevo sin lograr abrirla del todo, pero sí lo suficiente para poder entrar; mas apenas había pasado la mitad del cuerpo di un grito de horror.





El desgraciado joven yacía en el suelo, obstruía la entrada impidiéndome abrir más la puerta.

Rápidamente me precipité sobre el cuerpo inanimado de Raizet y, con auxilio del hostelero, lo llevé a la cama. Apresuradamente desnudé al pobre muchacho, mientras el personal del hotel corría a buscar un médico.

Este llegó casi en seguida. Examinó largo rato el cuerpo, extrañándose de no descubrir rastro alguno de violencia.

No pudiendo determinar la causa de su muerte y siendo inútil su ministerio, se retiró.

Entonces hice salir a todos quedándome a solas con el propietario del hotel, quien deseaba que no se dijese nada acerca de aquel asunto, creyendo que era una muerte natural, embolia, crisis cardíaca; pero se negaba a admitir el crimen que yo afirmaba que debía de haberse cometido.

[Sin embargo, era preciso avisar a la policía y se encargó de ello.

Al salir, vió la llave del cuarto en el suelo, tal vez tirada por él cuando introdujo su llavin, ó por mí cuando sacudí la puerta.

—Esto es—me dijo recogiéndola—la mejor prueba de que no ha habido crimen.

—Es evidente—dije—que la lógica de los hechos excluye la idea de crimen, pero tengo motivos para saber que por desgracia, no es siempre exacta.

El hostelero se empeñaba, sin embargo, en su versión; le era insoportable la idea de un crimen que había de comprometer el buen nombre de su establecimiento.

—¿A quién convencerá usted que el señor de Raizet ha sido asesinado? Sus habitaciones tienen una sola salida, la cual estaba cerrada interiormente con llave; además, su cuerpo cayó en la segunda sala, obstruyendo la única puerta, de modo que es imposible que el asesino escapara después de cometer el crimen. O este joven ha muerto de repente, ó ha sido asesinado, en cuyo caso el criminal no ha podido salir del cuarto.

Lo decía con tal convicción, que estuve á punto de volver á registrar el cuarto.

Pero, educado por William Tharps, había aprendido á no extrañarme de nada, así es que quedé quieto al lado de mi interlocutor.

—Tiene usted razón; no puede ser asesinato—dije para evitar una charla inútil.

—No puede ser asesinato—repitió satisfecho.

Le recordé que se había comprometido á avisar á la policía.

En cuanto se marchó, hice un examen

minucioso de los dos cuartos, donde se había desarrollado el drama.

No había señal alguna de lucha, ni movido ningún mueble. Unicamente la cesta para los papeles estaba volcada; al registrar la ropa de la víctima, noté que había desaparecido su cartera.

Este detalle bastaba para afirmar mi creencia en el crimen. El asesino debió entrar durante mi corta ausencia realizando su fechoría en los dos ó tres minutos que duró.

Lo único que no me explicaba era que hubiese podido terminar tan pronto y sin hacer ruido alguno.

Levanté la sábana que cubría al cadáver examinándolo detenidamente; pero, como el médico, no pude descubrir nada.

¿Cómo había matado el asesino á su víctima? ¿Qué procedimiento bastante seguro y rápido empleó? En vano me hice estas preguntas, limitándome á reconocer que el criminal había dado prueba de una destreza y de una audacia desconcertantes. Para que nadie lo oyera, para que la muerte fuese rápida, para que, por fin, se cumpliera el crimen tan repentinamente y con tan notable precisión, era preciso que el hombre que lo cometiera fuese extraordinariamente hábil.

El pensamiento de Ludovico Marmont cruzó un instante por mi mente; pero no me detuve en él; Marmont no hubiera cometido este cobarde é inútil asesinato.

El culpable era el hombre que nos había indicado como «peligroso», el hombre que aseguraba ser capaz de las más horribles hazañas: Juan Camel.

Las averiguaciones legales fueron nulas. El comisario y el médico que le acompañaban convinieron en que era una muerte natural, solución que lo simplificaba todo.

Sonó el timbre del teléfono. Era William Tharps.

En dos palabras le conté lo ocurrido y un cuarto de hora después estaba á mi lado.

Dirigióse al cadáver, examinándolo detenidamente:

—Lo hubiera jurado—dijo tranquilamente.

—¿Qué?

—Que no había muerto.

Mi estupefacción y mi emoción fueron tales que tuve que sentarme.

Jacobo de Raizet no estaba muerto. Miré á Tharps; sonreía.

—Comprendo su emoción, Lynham. Ya le explicaré más adelante: por ahora, tenemos algo mejor que hacer.

Llamó y dió algunas órdenes.

Á la mañana siguiente, despertó Jacobo de Raizet, sorprendiéndose de hallarse



en su cuarto, en su cama, rodeado de sus muebles familiares y velado por mí.

Estaba tan débil que no pudo articular palabra. Un sonido indistinto, apenas perceptible y un esfuerzo que noté en las comisuras de los labios, me demostraron que quería preguntarme algo.

Le dije que no se moviera y, con toda clase de precauciones, y siguiendo las órdenes de Tharps, le enteré de que, aprovechando el momento en que lo dejé solo, le dieron un narcótico, que lo habíamos transportado dormido y que tenía que evitar el menor cansancio.

Se repuso rápidamente y antes de tres días estaba en disposición de volver a su vida normal.

Por su parte, el célebre «detective» no había perdido el tiempo. Ya sabía dónde encontrar la momia. Una primera visita al vizconde le notició que había dado la reliquia egipcia a una amiga que expresó el deseo de poseerla por haberla visto y admirado en casa de su primer propietario. Después de algunas dificultades, el antiguo cliente de Tharps le dio el nombre y las señas de aquella amiga, sin que necesitara el «detective» decirle el objeto preciso de sus investigaciones.

El interés de una joven por tener una momia, le pareció más sospechoso, cuando supo que donde pudo admirarla fué en casa del señor Raizet.

Después de su extraña indisposición, nuestro amigo Jacobo suplicó repetidas veces a William Tharps que le dijese en qué condiciones había sido víctima de aquel accidente.

Mi amigo explicó que la rigidez del cuerpo de Jacobo y la ausencia de pulso habían inducido a los médicos a diagnosticar su muerte, y como el examen que hicieron no reveló rastro alguno de violencia, dedujeron la rotura de un aneurisma ó cualquier otro accidente cardíaco. Pero le había bastado a Tharps una ojeada para cerciorarse de que detrás de la oreja izquierda, habían inyectado una substancia vegetal tan hábilmente, que era imposible hallar su huella al hacer la autopsia; pero no siendo mortal la dosis, determinó una catalepsia tan perfecta que fué la causa del error de los facultativos.

Principiaba una explicación técnica, cuando el ayuda de cámara de nuestro cliente le presentó una carta del interior.

En cuanto la leyó, se levantó y, suplicándonos que le dispensáramos, se marchó.

Media hora después estaba de vuelta.

—Ha debido usted trabajar mucho —dije bromcando.

—Mucho.

—Y... ¿se puede saber el resultado?...

—¿Por qué no? He decidido que dentro de una hora vayamos á comer á un restaurant que conozco.

Demasiado conocía á mi amigo para no comprender que no era aquella una trivial invitación, y que debía tener un serio motivo para hacerla.

En seguida me confirmó este pensamiento.

—Les recomiendo—dijo—que no beban esta noche sino lo que yo mismo les sirva, y que no coman más que lo que yo les indique. Además, Lynham, le aconsejo que lleve su revólver.

Estas precauciones dieron qué pensar á nuestro cliente.

—¿Corremos peligro?—preguntó con voz turbada.

—Es probable que no corramos uno solo—contestó gravemente el «detective»—y que no bien hayamos descubierto una trampa tengamos que guardarnos de otra. Les aconsejo que se vistan, pues el restaurant á que vamos es uno de los más lujosos de París.

Una hora después descendíamos de un automóvil ante una de las fondas de más fama de los bulevares.

William Tharps se adelantó á nosotros. En el deslumbramiento de las luces se perfilaba su alta silueta, elegante y sombría, y habiéndole conocido los que comían, un cuchicheo recorrió la mayor parte de las mesas y cien ojos curiosos y sorprendidos miraban la puerta donde acababa de aparecer Tharps.

Este, tan dueño de sí mismo como si estuviese en su casa de la avenida Friedland, buscaba su mesa.

Á algunos pasos, un maestresala correcto y bien afeitado, con ojos de inquietante movilidad, manteníase tieso, aguardando que se decidiese. No sé porque me pareció que aquel hombre hacía un esfuerzo considerable para aparecer tranquilo. En cuanto lo vió, el célebre «detective» le miró tan elocuentemente que se adelantó, indicando con breve gesto las mesas que servía.

Luego de escoger una un poco apartada, William Tharps se quitó el gabán, colgándolo él mismo.

Le imitamos.

Acompañado del bodeguero, el maestresala que nos había colocado, aguardaba nuestras órdenes.

—¿Quieren los señores dejarme el cuidado de la lista?—propuso.

El «detective» le miró fijamente, sonriendo, y vi que el maestresala palidecía. Volviéndose hacia el bodeguero, mi amigo añadió:

—Suba usted, de una sola vez, tres botellas de Mumm, cordón rojo, que descorcharé yo mismo.

—«¿Dry?» «¿Extra-dry?»—preguntó el

otro, mirando con aire aturdido á su original cliente.

— «Dry», sencillamente.

Exigió que las tres botellas se colocaran sobre la mesa, delante de él, á pesar de las protestas del bodeguero, que afirmaba que el vino «se calentaría».

Sólo entonces se ocupó del maestresala, que aún no había abandonado la sala desde nuestra entrada.

No haciendo caso de la lista que éste le ofrecía, hizo adelantar el aparador de las carnes asadas, mandando cortar seis tajadas de «rosbeef» por el sirviente, é indicó un ave con jalea sobre el aparador, diciendo que se la sirvieran en seguida y tal como estaba; luego, cogiendo una cesta de panecillos que había en una mesa próxima, se volvió hacia el hombre de ojos extraños.

— Está bien — dijo, — estamos servidos.

— ¿Es cuanto tomarán los señores? — balbuceó el maestresala.

— Es todo.

— El plato del día es excelente: tenemos un guiso de perdicés delicioso... El arroz con pollo honra á nuestro jefe turco.

— Gracias — dijo Tharps; — esas maravillas culinarias no convienen á mi estómago delicado.

El maestresala se retiró sin decir nada, olvidándose hasta de inclinarse. Tal era su turbación.

— No es muy notable la comida — dijo el «detective» cuando nos quedamos solos; — pero, al menos, no tendremos que temer una... inoportuna indigestión.

Era evidente que William Tharps temía un envenenamiento.

La comida fué muy alegre. Confiado en las precauciones de Tharps, y reanimado por el vino dorado de las bodegas de Reims, Jacobo de Raizet olvidaba sus primeros temores.

Hablábamos de todo: teatros, música, frivolidades, con una despreocupación que parecía encantar á nuestro cliente.

Tres ó cuatro veces rondó el maestresala á nuestro alrededor, preguntando si nos faltaba algo. Tharps no lo dejaba acercarse, vigilando sus gestos, y lo despachaba cortés, pero firmemente, hacia otros comensales.

A los postres, pidió unas naranjas y plátanos que había en el aparador próximo, no permitiendo que las arreglaran, y las mondó él mismo, no sin examinar minuciosamente la corteza.

Después de pagada la cuenta, se frotó las manos con aire satisfecho. El maestresala, contra todos los usos, atendía á otras cosas sin ocuparse de ponernos los gabanes.

— ¿No había usted visto nunca este hombre antes de esta noche? — preguntó

mi amigo al joven Raizet indicándole el maestresala.

— No creo... y, sin embargo, sus ojos no me son del todo desconocidos... *Tengo la impresión de haber visto esos ojos en alguna parte...* pero ¿dónde?

Se sonrió el «detective», volvió la tarjeta de la lista, escribió algo con lápiz en el dorso y la volvió á colocar tal como estaba.

Nos levantamos, nos pusimos nuestros abrigos y, nos disponíamos á salir, cuando surgió el maestresala con el mismo ademán obsequioso y afectado que le había visto tomar con cada cliente.

— ¿Están satisfechos los señores?

— Mucho.

— ¿Volverán los señores?

— ¿Por qué no?

Cedieron los ojos inquietantes bajo la mirada fría del «detective».

Para disimular, el hombre recogió la tarjeta. Nos alejábamos. Al volverme, le vi leer lo escrito por Tharps y dar un salto.

Mi amigo había seguido la escena en un espejo.

En la puerta, recorri con la vista la sala suntuosa y brillante y nunca olvidaré la mirada de odio que vi brotar hacia nosotros de los extraños ojos del maestresala, que hacía un último saludo.

— ¿Qué había usted escrito en la lista?

— pregunté á Tharps que con el cuello levantado del gabán y las manos en los bolsillos, curioseaba el bulevar.

— Un nombre y un apellido.

— ¿?

— Clelia Clesifa.

### III.

## En busca de Clelia Clesifa

En la puerta de Jacobo de Raizet encontramos á dos hombres de buena estatura que parecían aguardarnos.

Se adelantó William Tharps, y, á la vez, los hombres se quitaron el sombrero.

Después de corto coloquio, se reunió con nosotros Tharps.

— Ustedes me responden de él — añadió.

Los hombres hicieron una señal de asentimiento.

Al estar todos reunidos en el escritorio del joven, el «detective» presentó aquellos dos personajes; eran dos inspectores escogidos por él, para velar por la seguridad de nuestro cliente.

JORGE MEIRS

(Se continuará)

Traducido por el Sr. GUERRERO.



# el gran mundo



El señor Miguel Lasala y señora acaban de dar una elegante comida en el Hotel Ritz. Entre los invitados vimos:

Al antiguo ministro plenipotenciario de Chile, á la señorita Carlota Concha, señor Rafel German-Ribón y señora; Julio Supervielle y señora; Alberto González Moreno y señora; Adolfo Vaeza Ocampo y señora; Carlos González Moreno y señora; señoritas Susana Ribón, Jacqueline Boscher, Daisy Modiano, Béa May; señores Adams, Benítez Alvear, Villagran, César Vela, Nadal, Rodríguez, Barón, Cazanave y Garzón.

♦♦♦♦♦

Almuerzo y té íntimo en casa de los condes de Guaquí, en Saint-Cloud.

Señor y señorita de Manzano-Torres, señora y señorita de Cañas, duquesa de Gamio; señor, señora y señorita de Gaume, marquesa y señorita de Tamarit, señorita de Goyeneche, señora de La Riva Agüero, señora de Santos Suárez, señora de las Bárcenas, vizconde de Montcabrier, señora de Sotomayor, marquesa de La Puebla de Parga, señores Luis y Carlos Goyeneche, conde de la Casa Saavedra, señor Pablo Rada, y señor y señora de García Calderón.

♦♦♦♦♦

Hace días se verificó en Madrid el acto de descubrir el monumento erigido en el Parque del Oeste para perpetuar la memoria del capitán de cazadores de Llerena D. Braulio de la Portilla y Sancho.

Con este motivo, los numerosos amigos de la familia, entre los cuales nos honramos encontrarnos, aprovecharon tan justa y triste ceremonia para rendirles una vez más el homenaje de su respeto.

♦♦♦♦♦

La duquesa de La Rochefoucauld ha dado un té en honor de S. A. R. el infante de Luis Fernando de España.

♦♦♦♦♦

Con motivo de la celebración de su santo, S. A. R. la infanta Isabel ha reunido en Madrid, todos los miembros de la familia Real en una comida. Después, la célebre cantante Storchio, acompañada al piano por el maestro Guervos, se hizo oír en diversos trozos musicales.

En el té-bridge dado por la señora de Salas, vimos á los señores de Cambra Bueno, señora Hope Mendoza, señora y señorita Mirel Martínez, señora Sáenz, marquesa de Maillard, señora de La Prade, baronesa de Grandmaison, princesa de la Glorieta, señores de Santana, de Restrepo, señora de Botella, señores de Trespalacios, Jimenez y Restrepo.

♦♦♦♦♦

El Embajador de España en París, el marqués de Villa-Urrutia, ha dado una comida, en la que, además de los embajadores en París de Rusia, Austria-Hungría y Londres, asistieron los marqueses de La Mina, los duques de Montellano, duque de Alba, condesa de Chevigñé, conde de Castellano, conde de Cabriac, señores de Beistegui, Barones de Rothschild, señora de Porgés, marquesa de Güell, condes de Jimenez de Molina y señores de Errazu, Quinones de León y Carlos Goyeneche.

## NECROLOGÍA

Los marqueses de Anuedro, de luto por el repentino fallecimiento de su cuñado y hermano, John J. Wainwright, se ven obligados á suspender toda recepción y sus comidas semanales, no asistiendo tampoco á ninguna reunión ni fiesta celebrada en esta estación.

□□□□□

Se han celebrado en Madrid las exequias solemnes del Excmo. Sr. Pidal y Mon, marqués de Pidal, antiguo ministro, expresidente del Senado y del Consejo de Estado, caballero del Toisán de Oro, etc., etc.

La inhumación se hizo en el cementerio de San Isidro.

## LOS HISPANO-AMERICANOS EN PARIS

### **HOTEL ASTORIA** *Avenue des Champs-Élysées*

#### Han llegado:

Sr. y señora C. Torres Elicechea, de Bogotá; señora M. O. Escalante y familia, de México; Sr. y señora E. Onfray, de Buenos Aires; el general Porfirio Díaz y su señora; Sr. y señora Hernán Errazuriz, de Santiago de Chile; Sr. y señora Simón Guzmán Blanco, de Venezuela; marqués de Casa Montalvo, de la Habana.

#### Han salido:

Sr. Samuel González Julio y familia, de Santiago de Chile; Sr. A. Pawlowsky, de Buenos Aires; señor M. H. Moreno, de México.

### **HOTEL CAMPBELL**

#### Han llegado:

El barón Guanna y su familia, de Río de Janeiro; Sr. y señora Larrain, de Santiago; Sr. y señora José F. Rebello, de Porto; señora Freile, de Río de Janeiro.

### **HOTEL EDUARDO VII**

#### Han llegado:

Sr. y señora Alfredo Chopitea, de Buenos Aires; Sr. y señora E. Carreaga, de Bilbao; Sr. M. Saldías Ross, de Montevideo; Sr. y señora José Chapa, de Barcelona; Sr. y señora Norberto Fresco, de Buenos Aires; Sr. y señora Jorge Martínez, de Buenos Aires; señora S. Escalante de Newberg, de Buenos Aires; señorita García, de Buenos Aires; conde y condesa Robert de Burnay, de Lisboa; Sr. y señora Cruchaga Tacormal, de Chile.

### **HOTEL REGINA**

#### Han llegado:

Sr. G. M. Vedoya, de Buenos Aires; Sr. y señora C. R. Sarmientos, de Buenos Aires; Sr. y señora J. Díaz Romero y familia, de Buenos Aires; señor P. F. Mosotequi y familia, de Buenos Aires; señora de Soarez-Queiroz, de Sao Paulo (Brasil); Sr. y señora Clavis Camargo Soares, de Sao Paul (Brasil); Sr. y señora A. Assumpção y familia, de Sao Paulo (Brasil); Doctor Sojo y familia, de Buenos Aires; señorita Udaondo, de Buenos Aires; Sr. y señora Prado-Amor, de Santiago; señora E. D. Cebal y familia, de Buenos Aires; señorita L. Lanusse; señorita F. Lanas; señorita M. Pico; Sr. y señora Bernaldes y familia, de Santiago; Sr. R. Guirola, de Buenos Aires; señora y señorita Alves de Barboza, de Buenos Aires; Sr. Escura, de Buenos Aires; Sr. Henous, ministro de Chile y familia, de Bélgica; Sr. R. Larraide, cónsul de México en España; Sr. Marco y familia, de Buenos Aires.

#### Han salido:

Sr. Balmaseda, Sr. Ricardo Shaw, señores Babilhasu, señora Alex Shaw, señora Barthe, doctor Robertson y señora Bernaldes.

## **ELYSÉE PALACE HOTEL** *(Champs Élysées)*

#### Han llegado:

Sr. y señora José de Casado y familia, de Buenos Aires; Sr. Juan Palau, de Barcelona; Sr. y señora E. L. Hileret, de Buenos Aires; señora R. F. de Albao, de Buenos Aires; Sr. Aldao Fils, de Buenos Aires; Sr. Pablo Escandon y familia, de México; Sr. y señora Adolfo Bioy, de Buenos Aires; señor Diego Redo, de México; señora Laura Bustos Morón de Castro, Buenos Aires; señorita Marilyn de Castro Bustos; Sr. y señora João Soares; señora Vera Palau, de Barcelona; señora Vera Zuria Palau, de Barcelona; Sr. Enrique Palau, de Barcelona; señor Carlos Zemborain, de Buenos Aires; Sr. Diego Redo, de México; Sr. Luis Carvajal, de Madrid; Sr. A. Upman, de la Habana; Sr. Justo de Saavedra; de Buenos Aires; Sr. y señora Villatte, de Buenos Aires.

### **HOTEL WAGRAM**

#### Han llegado:

Sr. y señora Pedro Ferreñra; marqués de Tancos.

#### Han salido:

Sr. y señora Solá y familia; Sr. Pando y familia, director del Banco Río de la Plata en París; señora y señorita Figueras.

### **HOTEL PLAZA**

Sr. y señora Daniel Concha, de Buenos Aires.

### **HOTEL DE CRILLON**

#### Han llegado:

Sr. y señora Alfredo Riesco, de Chile; Sr. Carlos Riesco, de Chile; Sr. y señora P. Carapano, Sr. Díaz de Vivar, señoritas Díaz de Vivar, Sres. de Sala, senora Ibarra de Sforza, Sr. Juan B. Díaz de Vivar.

### **HOTEL LOTTI**

#### Han llegado:

Sr. Nelson, Sr. Duggan, Sr. Hope, duque de Oporto, barón Lo Monaco.

### **HOTEL RÍTZ**

#### Han salido:

Sres. S. Unzué.

### **HOTEL DU LOUVRE**

#### Han llegado:

Dr. Pedro C. Payro y señora, Sr. Salles Romeiro y familia.

### **CARLTON HOTEL** *(Champs Élysées)*

#### Han llegado:

Sr. M. Navarro, señora E. Francés, Sr. D. Mones, Sr. S. Socas.